CONQUISTA ESPACIO



EL PELIGRO VIENE DEL ESPACIO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

El peligro viene del espacio

Kelltom McIntire

La Conquista del Espacio/657

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Lester McCuster llegó a su consulta del lujoso Grinwood poco después de las nueve de la mañana.

Con su habitual jovialidad saludó a la señorita Brown, su recepcionista, y penetró en su despacho. Dejó su portafolio sobre la amplia mesa funcional y pasó brevemente a una pieza contigua, de la que volvió unos minutos después tras cambiar su bien cortado traje veraniego por una blanquísima e impecable bata blanca.

Con un casi imperceptible suspiro, se dejó caer sobre su cómodo sillón giratorio tapizado en auténtico y flexible cuero azul, giró, descorrió la cortina que velaba el blanco ventanal posterior y fumó un cigarrillo mientras contemplaba, extasiado, el hermoso panorama que se divisaba desde allí.

Con los ojos cerrados, Lester McCuster hubiera podido describir minuciosamente el paisaje que se ofrecía a sus ojos: la arquitectura airosa en progresión descendente de los altos edificios de la zona comercial, la cinta ondulante del río, el humo de las chimeneas que difuminaba el horizonte hacia el sur, la gran mancha verde de Lincoln Park, a la derecha, la masa gris-azulada de Canyon Forest, hacia el este. Y, por fin, la silueta abrupta de la cordillera perdiéndose en medio de la

neblina matinal, mucho más hacia Levante.
Sí, conocía perfectamente aquel panorama porque... lo había contemplado miles de veces. Cada mañana, en cuanto llegaba a su consulta, dedicaba los primeros diez minutos a abstraerse en la contemplación de la ciudad extendida a sus pies y sus atractivos alrededores. Para McCuster suponía un ejercicio relajante y fortalecedor. Aunque no sólo dedicaba aquellos diez minutos matinales a mirar al otro lado de los gruesos cristales. A veces, entre consulta y consulta, cuando se sentía especialmente fatigado y tenso debido a las preocupaciones de su trabajo profesional, McCuster solía tomarse un breve respiro para descorrer el fino velo de la cortina y calmar así sus nervios sometidos al stress. Y si durante su consulta mantenía velado el ventana! con la cortina, se debía al deseo de no distraer la atención de sus clientes.
Finalmente, aplastó el cigarrillo en un cenicero de cristal de roca, se acomodó tras la mesa animosamente y consultó la lista de visitas que la señorita Brown había dejado al alcance de su mano.
Inmediatamente, una docena de finas arruguillas se formaron en su despejada frente. Bajó la palanquilla del intercomunicador y dijo:
—Jenny, ¿se olvidó de ponerse en contacto con Mark Taburani? —en su tono vibraba un levísimo acento de reproche.
—Por supuesto que no, doctor McCuster —se oyó la voz de la recepcionista en el altavoz del intercomunicador—. Como usted me indicara en la tarde del viernes, telefoneé al domicilio del señor Taburani poco después de que usted se ausentara. Nadie tomó el teléfono. No obstante, insistí en la llamada poco antes de marcharme. Incluso puedo decirle más: suponiendo que usted se sentía preocupado por la no comparecencia del señor Taburani a la consulta de ese día por la mañana, volví a telefonearle al día siguiente, desde mi casa. El resultado fue idéntico: no pude hablar con él.
Distraído, McCuster acarició con un ademán impaciente sus aladares, allí precisamente donde los cabellos comenzaban a

mostrar un brillo de plata.
—Eso es todo, Jenny. Naturalmente, le agradezco su interés —murmuró maquinalmente, ocupado su pensamiento en Mark Taburani.
—No significó ninguna molestia, doctor —añadió la recepcionista—. ¿Quiere que haga pasar ya a la primera cliente? Se trata de la anciana señora Foster.
—Un momento todavía, Jenny. Le avisaré en cuanto esté dispuesto.
Alzó la palanquita del intercomunicador, tabaleó impaciente con los dedos de su mano derecha sobre la brillante superficie de la mesa y finalmente descolgó el teléfono con la izquierda.
Marcó de memoria el número del teléfono de Taburani y aguardó con controlada impaciencia. Sin darse cuenta, su mano derecha abrió uno de los cajones de la mesa, extrajo el paquete de cigarrillos y se puso uno entre los labios.
¿Qué le ocurriría a Taburani? Una nueva crisis depresiva, probablemente. En los últimos meses, el famoso ex cosmonauta se había sentido muy inquieto y angustiado. Tanto que el psiquiatra había decidido finalmente fijar sus entrevistas con Taburani en una a la semana, cuando anteriormente el ex cosmonauta sólo acudía a su consulta una vez al mes.
Percibió un rumor en el auricular. E inmediatamente después la voz ronca y desprovista de interés de Mark Taburani:
—¿Quién es, qué diablos quiere?
McCuster se inmutó al escuchar la voz de su interlocutor.
«Dios mío —pensó—. Cualquiera diría que Taburani se siente desesperado.»
El desinterés, la angustia y la desesperación impregnaban la voz del ex cosmonauta. Sin embargo, el médico se apresuró a responder, consciente de que su interlocutor se disponía a colgar.
Con su voz más cordial y relajada dijo:
—Buenos días, Mark. Soy el doctor McCuster. Me sorprende usted, amigo mío. ¿Por qué no acudió a nuestra cita del viernes? Está bien, no me lo diga. Imagino que la tentación de gozar de un fin de semana cazando en la montaña fue muy

poderosa e incluso disculpo que se olvidara de nuestra cita de los viernes. ¿Podría acudir a mi despacho esta mañana, Lester? Le prometo que no le haré esperar. Daré instrucciones a la señorita Brown para que le haga pasar a mi despacho en cuanto llegue. ¿Qué le parece?
Taburani permaneció en silencio. A través del teléfono, McCuster no pudo percibir otra cosa que su fuerte y violenta respiración entrecortada.
—Doctor McCuster —jadeó, finalmente—, no pienso volver a su consulta.
—Pero ¿por qué? —exclamó el psiquiatra, alarmado—. Creí haberme ganado su confianza, Mark. Incluso imaginé que a lo largo de nuestras entrevistas había ido surgiendo la amistad entre nosotros.
Se produjo una pausa. Al cabo, volvió a oírse la ronca voz de Taburani:
—Eso nada tiene que ver. Tal vez usted haya demostrado por mí un interés excepcional, que desborda incluso su deber cómo médico. Pero nuestra posible amistad nada importa ya
¡Qué lentas las palabras, qué desesperadas y desprovistas de interés vital!—. Lo siento, doctor McCuster: no pienso volver a su consulta.
—Pero ¿Por qué, por qué? —quiso saber, desconcertado, el medico.
—No fui a cazar a la montaña, como usted supone. En realidad, no he salido de casa en toda la semana. Envié a Joyce con su familia y...
—¡Siga, por favor!
—Nada. Encargué a la tienda dos cajas de whisky y día a día, he ido emborrachándome concienzudamente. No he hecho otra cosa durante estos días que consumir docenas de botellas de whisky y dos o tres cartones de cigarrillos. ¿No nota mi garganta irritada y la dificultad de mi respiración doctor? —sonó con dejes irónicos la voz de Mark Taburani!
McCuster aferró a la desesperada el teléfono, como si manteniendo firmemente agarrado el aparato pudiese sujetar al ex cosmonauta.

—Pero, Mark —invocó—, se está haciendo daño a propósito. Esa muy débil y en tales condiciones el alcohol y el tabaco destrozarán sus nervios, ya de por sí afectados Tiene que oírme, debe...
—No pienso continuar esta conversación —le interrumpió bruscamente su interlocutor—. Voy a colgar ahora mismo
—¡Espere! Tenemos que hablar. Tiene que...
—¿Para qué? De nada sirven ya sus sesiones de psicoanálisis, es inútil que intente insuflarme interés por vivir, doctor En realidad, yo estoy muerto hace mucho tiempo.
Aquella frase, pronunciada tranquilamente y sin ningún acento dramático, impresionó profundamente al doctor McCuster.
Habló y habló atropelladamente, poniendo toda su capacidad dialéctica en un solo objetivo: conseguir que Mark Taburani continuase al teléfono.
Mientras hablaba, su mente trabajaba paralelamente. Así que, contra cualquier suposición, Tabuani no había abandonado su domicilio. Podía imaginárselo tumbado en el lecho en la soledad del caserón de Lincoln Park, con el suelo cubierto de botellas de whisky vacías y suciamente sembrado de colillas.
Pero ¿que; motivo impulsaba a un hombre fuerte y sereno como Mark Taburani a la autodestrucción?
Tenía una esposa bellísima, una merecida fama de héroe espacial, una posición económica desahogada y toda una vida por delante, pues Taburani había cumplido treinta y cuatro años el pasado mes de abril.
Cierto que, como le había ocurrido a los demás participantes en la misión «ARCADY—2600», Mark Taburani había sufrido un leve desequilibrio emocional como consecuencia de aquella misión. Sin embargo, de los diez cosmonautas que integraban la dotación de la astronave, Taburani era el menos afectado. En opinión de los psiquiatras militares, bastarían unos meses de vida relajada y serena, todo ello alternado con la atención psiquiátrica precisa, para que el ex cosmonauta recobrara el equilibrio mental por completo. Hasta aquel momento, el doctor McCuster había confiado ciegamente en la recuperación de Taburani, pero ahora...

—No puede decir eso, Mark —rogó, una vez más—. Tenga confianza. Según veo, la crisis depresiva se ha agudizado, pero eso no es nada del otro mundo. Venga a verme. Le someteremos a unos análisis y le trataremos adecuadamente. En unas pocas semanas volverá a sentirse lleno de ansias de vivir. Se lo prometo.

Esperó con ansiedad la respuesta de Taburani. Y ésta no tardó en llegar:

—Pierde el tiempo por completo, doctor. Ya yo no tengo solución. Es inútil que pierda el tiempo conmigo. Estoy listo.

—Pero...

—¡Váyase al diablo, doctor McCuster! —gritó Taburani a través del hilo telefónico.

Y la comunicación se interrumpió definitivamente.

Lester McCuster permaneció con el auricular a la oreja durante unos segundos.

Reaccionó en seguida. Colgó el aparato con un ademán enérgico y se irguió.

Tras rascarse pensativamente la amplia frente, bajó la palanca del intercomunicador y ordenó:

—Suspenda la consulta, Jenny. He de salir inmediatamente.

—Pero la señora Foster...

—Recibiré a todos mis pacientes esta misma tarde, pero ahora tengo que ocuparme de algo que no puede esperar. Por favor, haga lo que le indico. Dé toda clase de explicaciones a nuestros clientes. Dígales que... acabo de sufrir una indisposición. Lo que sea, pero asegúrese de que se marchan en seguida.

—Si doctor McCuster —respondió Jenny Brown con acento de circunstancias. Y Lester alzó la palanquita de intercomunicador.

Mientras se cambiaba de ropa segundos después, decidió:

«No permitiré que te hundas en la desesperación, Mark Taburani. Aunque todos los diablos del infierno se hayan apoderado de tu espíritu.»

CAPÍTULO II

El caserón ocupaba un rincón de Lincoln Park y su mole de piedra y ladrillo daba la impresión de solidez habitual en los edificios de principios del siglo XIX. Su fachada orientada al sur mostraba una treintena de ventanas del mismo tamaño, aderezadas con artísticas rejas de hierro forjado. El estilo de la mansión era indefinible, pues si sus bellos hierros y los arcos de piedra labrada conferían aspecto señorial, las dos sólidas torres que se elevaban sobre el tejado de pizarra recordaban con fuerza la apariencia de las antiguas fortalezas del siglo XVII.
«¿Por qué una casa de proporciones tan colosales?», se preguntó el doctor McCuster, mientras conducía muy despacio, atento, a encontrar un lugar donde aparcar su automóvil.
Un capricho, sencillamente un capricho por parte del hombre famoso y adinerado que era Mark Taburani.
Según la información que poseía el psiquiatra, la fortuna de Taburani provenía —mitad y mitad— de los beneficios que le habían producido sus centenares de conferencias a lo largo de universidades, colegios y centros sociales elitistas, por una parte y del dinero que poseía la familia Alston, de la que provenía su esposa, Joyce.
Interrumpió sus pensamientos al advertir que un gran Buik se disponía a abandonar la zona de aparcamiento cercana al caserón de los Taburani. En cuanto el hueco estuvo libre, McCuster se apresuró a ocuparlo con su propio coche. Bajó, y cerró con llave.
Desde la acera contempló un momento la fachada del edificio. Evidentemente, los Taburani se habían gastado una respetable cantidad de dinero en la restauración de la imponente construcción, pues advirtió que la fachada había sido limpiada y los metales, profusos, brillaban carentes de herrumbre.
Un pequeño jardín bien cuidado, y protegido con altas rejas de hierro rematadas en puntas de lanzas muy agudas, recorrían toda la fachada principal. McCuster se encaminó a la cancela y comprobó que estaba abierta, por lo que se apresuró a penetrar en el jardín y caminó con toda decisión hacia la maciza puerta de madera, tachonada de brillantes herrajes dorados. Ascendió

los cuatro peldaños de acceso y buscó con la mirada un timbre. Lo encontró, pero no llegó a pulsarlo pues simultáneamente descubrió que la sólida hoja de haya aparecía entornada.
Tras una breve vacilación, empujó con fuerza la puerta y entró.
—Al diablo con los miramientos —se disculpó a sí mismo—. No es hora de perder el tiempo en cortesías cuando es posible que Taburani haya decidido dar un paso fatal.
Sólo había visitado aquella casa una vez, pero recordaba perfectamente la distribución de las estancias. En aquella ocasión, recordó ahora mientras cruzaba a largos pasos el enorme vestíbulo aderezado con pesados muebles de época, había sido requerido con urgencia por la esposa de Mark Taburani. Según la preciosa mujer, el ex cosmonauta padecía un fuerte ataque de nervios que le había impulsado a destrozar sistemáticamente una carísima y elegante colección de porcelanas chinas, Curiosamente, el excitado Taburani se calmó en cuanto apareció en el gran salón el doctor McCuster.
No pudo ofrecer ninguna explicación acerca de tal estallido de nervios al doctor McCuster, que se limitó a inyectarle una fuerte inyección sedante. El fármaco surtió efecto inmediatamente, pues Taburani se tornó pesado y somnoliento, de tal forma que minutos después dormía apaciblemente en el lecho.
A las preguntas que el psiquiatra formuló a la señora Taburani, ésta respondió con una declaración sorprendente:
— Mark comenzó a quejarse que sentía picores insufribles en la espalda y se rascaba el dorso con tal desesperación que se cubrió la piel de arañazos. Finalmente, sus nervios estallaron. Fue entonces cuando trató de calmar su excitación arruinando nuestra colección de raras piezas de porcelana china. Mientras lanzaba valiosos y frágiles objetos contra espejos y ventanas, Mark gritaba como un energúmeno: «¡No puedo sufrirlo! ¡Ellos están pugnando por salir!»
Asombrado, McCuster preguntó:
— ¿Ellos? ¿A quiénes se refería?
Joyce Taburani se mordió los labios. Sus manos, inquietas, se entrelazaban y retorcían entre sí, sin cesar.
— ¡No lo sé! —sollozó—. La actitud de Mark sólo tiene una

respuesta: sus facultades mentales están seriamente afectadas La señora Taburani confió al doctor McCuster que su esposo apenas la dejaba descansar durante la noche.
—Se mueve, se retuerce constantemente sobre el lecho conyugal, hasta el extremo de que él mismo propuso que durmiésemos en camas separadas por el momento. Yo me opuse a ello, pues quería estar cerca de él para cuidarle, pero Mark se impuso y terminamos cambiando la cama de matrimonio por dos individuales. De todas formas, su agitación nocturna me mantiene en vela durante toda la noche.
— ¿Pesadillas? —inquirió el psiquiatra.
— ¿Pesadillas, dice? Su sueño es un puro y disparatado delirio. Repite a menudo: «¡Nunca debí dejarme subyugar por ella! ¡Maldita, maldita seas mil veces Khalia por haberme embrujado, por depositar en mí la simiente del diablo!»
— ¿Khalia? ¿Una amiga, quizá?
Joyce dejó escapar un estrangulado sollozo.
—No, no se trata de nadie que yo conozca. Al principio, cuando escuché en los labios de Mark ese extraño nombre, sentí que los celos me ahogaban. Hice algunas averiguaciones. Temía que Mark se hubiera dejado enredar en alguna aventura amorosa. Confieso que me sorprendió dolorosamente, pues él siempre me fue escrupulosamente fiel desde que contrajimos matrimonio.
— ¿Y bien...?
— No había rastro de la misteriosa Khalia, a pesar de que encargué una investigación posterior a una renombrada agencia de detectives —me informó.
— No se atormente —trató de tranquilizarla Lester McCuster—. Probablemente Khalia no existe. Mi opinión es que sólo se trata de una pesadilla más. Khalia, probablemente sólo existe en los sueños de su esposo, aunque él no la haya creado conscientemente. Ya sabe que el subconsciente suele gastar bromas de ese estilo.
Joyce Taburani se mostró desconcertada.
— Es posible —pronunció al cabo de unos minutos de reflexión. Sin embargo, ¿por qué esa pesadilla se repite hasta la locura

en los sueños de mi esposo? Es algo obsesivo desquiciante, que ha llegado a torturarme íntimamente.
— Tranquilícese. Investigaremos para conocer la causa de los picores y molestias que Mark siente en la espalda —respondió el médico—, Voy a prescribir una serie de análisis y pruebas, que nos permitirán conocer si padece alguna afección, de la piel o si el origen del malestar es de índole psico-somática. Una vez tenga en mi poder los resultados le someteré al tratamiento más adecuado. Confío en que no sea nada importante.
—Dios le oiga, doctor —respondió fervorosamente la señora Taburani—. De seguir así las cosas, no podría soportar impávida los sufrimientos de mi esposo.
Joyce invitó a merendar al doctor McCuster, mientras Mark descansaba sosegadamente en su dormitorio. En aquella ocasión el psiquiatra tuvo la ocasión de charlar ampliamente con la esposa de _Mark. A través de la amable charla McCuster conoció más íntimamente la personalidad vigorosa de Mark Taburani y llegó a calar más profundamente en el carácter de Joyce. Llego a la conclusión de que ambos se amaban con intensidad y dedujo que no existían obstáculos —excepto la transitoria crisis emocional del ex cosmonauta— para que aquella pareja fueran tan felices como era de desear. Joyce no sólo era una mujer rubia bellísima, sino que además poseía una sensibilidad envidiable y una cultura tan extensa que sorprendió al propio McCuster.
La tarde transcurrió sin sentir. Cuando el médico se disponía a marcharse, después de recordar a la señora Taburani que su esposo debería someterse a una tanda de análisis al día siguiente, el propio Mark apareció ante ellos.
Parecía otro hombre, ciertamente. Había descansado relajadamente durante más de dos horas y, tras despertar, había tomado una ducha. Ahora, recién afeitado, bien peinado y vistiendo un elegante traje de verano, Mark Taburani parecía un hombre sereno, apuesto, dueño de sus propios actos. Otro hombre, en suma, que el que aquella misma tarde se había desahogado salvajemente destrozando una valiosa colección de porcelanas.

Charlaron unos instantes. Mark estaba muy interesado en mostrar su caserón-palacio al doctor y McCuster se avino complacido. Deambularon a lo largo de enormes salones de la planta baja. Los muebles eran caros, de época, y la decoración muy adecuada a las características arquitectónicas del edificio y la distribución de las estancias.
La planta baja estaba ocupada por el espacioso vestíbulo, un salón apto para acoger a un centenar de amantes del baile, una acogedora biblioteca, un comedor, una amplia y moderna cocina, una bodega y algo que sorprendió considerablemente al doctor McCuster: la pieza más espaciosa, un gran salón rectangular, estaba dedicada a estancia de recreo. Dos mesas de billar —juego al que el ex cosmonauta era muy aficionado— ocupaban la mitad del local. El resto servía de alojamiento a una colección de máquinas recreativas electrónicas: pin-balls, «guerra de alienígenas» y otros artilugios que servían para matar el tiempo maravillosamente.
Sin embargo, lo que más atrajo el interés de Lester McCuster fue el autómata que ocupaba uno de los ángulos mas apartados del dilatado salón de juegos.
—¿Qué es esto? —preguntó asombrado el médico.
Y contempló absorto el robot.
Se trataba de un rechoncho monigote que levantaba metro y medio del suelo. No tenía piernas propiamente dichas, sino dos gruesos cilindros macizos que terminaban en silenciosos rodamientos a bolas. Taburani había vestido aquel humanoide con una especie de pantalón negro y el clásico chaleco a rayas rojas de los mayordomos. Más que un robot parecía una gran marioneta, pues no se veían en su interior mandos ni partes metálicas. La cabeza era enorme y redonda v sus facciones de caucho-látex y color adecuado a unas facciones humanas. Tenía el rostro sonrosado, nariz achatada, boca entreabierta en una estereotipada sonrisa, grandes orejas pegadas al cráneo, dilatada frente abombada y unos cabellos erizados, cortados a cepillo, que supuso artificiales. La apariencia de aquel monigote era voluminosa y pesada, pero el rictus de sus facciones era el de un bonachón mayordomo de los que prestan sus servicios

en las residencias de los millonarios.
Miró a Taburani. Este parecía verdaderamente satisfecho de la admiración que McCuster demostraba contemplando al autómata.
Es Smily John[1] —respondió Mark, complacido—. Yo mismo lo construí. Me gusta dedicar parte de mi tiempo libre a la construcción de esta clase de robots.
Pero ¿para qué sirve? —inquirió el médico.
—Debería medir sus palabras, doctor —dijo Taburani, falsamente enfurruñado—. Smily John es muy sensible a los comentarios despectivos, quienquiera que sea la persona que se los dirija. Una vez golpeo sañudamente a uno de mis invitados que se atrevió a llamarle «Cabeza de chatarra»
McCuster le miró de hito en hito, tratando de averiguar si bromeaba al respecto. Pero Mark sonreía, burlón.
—La verdad es que lo construí con la idea de que me sirviera como partner en mis partidas de biliar. Desde que… —su expresión se nubló—. Bueno, desde que abandone mi puesto en la NASA, no solemos recibir en esta casa muchas personas.
—¿Y asegura que Smily John es capaz de disputarle una partida de billar? —exclamo incrédulo, el psiquiatra.
No supo si fue una simple y momentánea alucinación o si verdaderamente los saltones ojos azules de Smily John brillaron airados tras su último comentario.
—Por supuesto que sí —respondió Mark—. Puedo asegurar mas: aunque soy un buen jugador de billar, tengo que andar listo si no quiero que Smily John me gane abrumadoramente. Pero permítame que se lo muestre y lo vea con sus propios ojos —propuso, brillándole los ojos.
Mientras el dueño de la casa descolgaba un par de perfectos tacos de billar del mueble adosado a la pared próxima. McCuster cambio una mirada con Joyce, que se encontraba a su lado.
—¿De veras que Smily John es capaz de agredir a la persona que le trate con menosprecio? —le preguntó burlonamente incrédulo.
Unas chispitas de temor brillaron en los ojos de la joven de un

maravilloso y limpio color verde claro.
—No haga la prueba, por si acaso. De momento, puedo decirle que desde el primer momento Smily John se negó a jugar conmigo. Ignoro por qué, aunque he de confesarle —bajo el tono de voz hasta expresarse en un susurro— que jamás le tuve simpatía.
—¿Por qué causa? —quiso saber.—
—No lo sé —respondió, al tiempo que se encogía de hombros expresivamente—. Quizá me parezca... excesivamente rumano.
Su comentario le obligó a pensar que quizás Joyce Taburani se burlaba de él. Sin embargo, ella se sentía demasiado preocupada por el reciente ataque de nervios de su esposo como para tener ganas de bromear.
Entretanto, Mark se había acercado al robot y palpaba su espalda. Smily John dio inmediatamente muestras de animación. Sus brazos articulados se movieron, sus labios se distendieron aún más —si ello era posible— y sus ojos azules destellaron débilmente.
Taburani, que miraba fijamente al rostro del autómata, dijo:
—Smily, ¿te gustaría colaborar conmigo para demostrar al doctor McCuster que eres un experto jugador de billar.
Los ojos del robot destellaron más vivamente. McCuster vio que giraba silenciosamente, encarándole y escrutándole fijamente a través de sus ojos de vidrio. Una cosa pudo observar el médico: los labios de Smily John seguían sonriendo, pero sus ojos saltones tenían una expresión malhumorada.
Y entonces los labios del autómata se movieron.
—Por supuesto que sí, señor —moduló una voz metálica que se expresaba con lentitud—. Me sentiría encantado de dar una buena lección al incrédulo doctor McCuster.
El psiquiatra sintió que los cabellos de su nuca se inervaban hasta erizarse. Sólo duró un instante, pero fue una sensación muy desagradable.
Al cabo, considerando que al fin y al cabo solo se trataba de un autómata —aunque extrañamente ingenioso y capacitado— se dispuso a contemplar la exhibición de Smily John.
El autómata se puso en marcha silenciosamente, rodando

sobre sus rígidas y gruesas piernas, y se acercó a la próxima mesa de biliar.
Mark tomó un taco, comprobó de un vistazo experto que estaba en excelentes condiciones y se volvió hacia el autómata.
—Será una breve partida a diez carambolas, Smily John. Suficiente para demostrar al doctor McCuster que sabes lo que ha de hacerse con un taco y unas bolas de billar —pronunció.
—Perfectamente, señor —fue la metálica respuesta del autómata.
Su brazo derecho se elevó y tomó el taco, sin hacer ninguna comprobación con el mismo.
Mark Taburani sacó una moneda del bolsillo, miró a Smily John y anunció:
—Elijo para mi cara. Tú saldrás primero si sale cruz. ¿De acuerdo?
—De acuerdo, señor —respondió el robot.
Admirado McCuster, vio girar la moneda en el aire y caer sobre el verde tapete. Instintivamente, alargó el cuello para ver el resultado del lance. Era cara.
—Cara —dijo Taburani—. De modo que saldré yo.
Las bolas estaban situadas en su lugar reglamentario. Mark frotó una tiza azulada sobre la zapatilla de cuero y se inclinó sobre la mesa. Consiguió una estudiada carambola a tres bandas como muda demostración de su habilidad en el billar. Después consiguió fácilmente una segunda, también a tres bandas. Finalmente, falló en la tercera, aunque su bola pasó a un milímetro de distancia de la bola roja.
—Tu turno, Smily John —anunció, separándose de la mesa y cambiando una mirada de satisfacción.
El autómata se aproximó a la mesa, apoyó el brazo izquierdo en el marco, apuntó —o eso creyó ver al menos el doctor McCuster— y el taco golpeó la bola correspondiente, rozó en cuatro bandas y fue despacio a chocar contra la roja. Y así, sin transición, hasta sumar diez carambolas en una sola tacada.
—Perfecto, Smily John —exclamó Mark, entusiasmado—. ¿Ha visto algo semejante alguna vez, doctor?
Estaba envanecido y poseía razones suficientes para sentirse

orgulloso.
Hasta aquel momento, McCuster había admirado con sus propios ojos los movimientos y funciones de algunos robots muy sofisticados. Pero la verdad es que jamás hubiera imaginado que un autómata pudiera jugar al billar con la habilidad que acababa de demostrar el sonriente Smily John.
—Maravilloso —respondió fascinado—. Creo que ha conseguido crear el contrincante perfecto. Imagino que Smily John no sólo es un portento consiguiendo difíciles carambolas, sino que, además, es un rival temible e... insobornable.
Mark lanzó una alegre carcajada.
—Puedo asegurárselo. A Smily John sólo puede ganársele siendo aún más hábil que él —respondió,
McCuster se volvió lentamente hacia el autómata. Smily John acababa de depositar el taco sobre el tapete y permanecía inmóvil, con los brazos colgando a los costados.
—Tengo que presentarte mis excusas, Smily John —pronunció el medico—. Verdaderamente, me apresuré al emitir mi juicio sobre tus facultades, decididamente increíbles. ¿Querrías aceptar mis disculpas, Smily John?
Los ojos del autómata destellaron levemente.
—Es justo, doctor —dijo—. Gracias, doctor —añadió.
Mark asintió con un gesto, complacido, y le ordenó:
—Eso es todo, Smily John. Puedes volver a tu sitio.
El robot giró sobre su base, se alejó y fue a ocupar el alejado rincón, quedando absolutamente inmóvil.
McCuster no había vuelto a acordarse del prodigioso humanoide hasta el momento en que por segunda vez en tres meses cruzaba el gran vestíbulo de la residencia de Taburani.
Como el salón de juego se encontraba situado a diez metros de distancia, por un instante le asaltó la tentación de hacer una visita al inquietante autómata. Pero finalmente recordó las desesperadas frases del cosmonauta y se apresuró a abordar la ancha escalera de mármol que conducía a las habitaciones superiores.

CAPÍTULO III

Las claras fundas de los muebles del estudio de Mark Taburani semejaban pálidos fantasmas en la distante penumbra. Pero Lester McCuster no creía en fantasmas y caminó aprisa bajo la cristalera cenital del estudio, cubierta ahora con una tupida cortina corredera que impedía eficazmente el paso de la clara luz de la mañana.

Aquellos muebles enfundados le dieron que pensar. Era como si Taburani, premeditadamente, proyectase cerrar aquella casa y ausentarse. Por otra parte, el propio Mark le había anunciado media hora antes que había enviado a su esposa con sus parientes. Era como si Mark Taburani se dispusiera a abandonarlo todo. Quizá como si estuviera dispuesto a abandonar este mundo.

Tal pensamiento le produjo un escalofrío desagradable. Por eso apresuró aún mas el paso, terminó de cruzar el gran estudio y avanzó por la galería cubierta interior.

Un momento se detuvo, perplejo.

Le había parecido escuchar unos sonidos anormales, unas risas concretamente. Pero no, era insensato esperar que alguien riese en aquel caserón solitario y triste. Tal vez las risas se hubieran producido, pero en tal caso deberían provenir de la calle, del exterior.

Se dirigió rectamente hacia el dormitorio principal de la casa. Las dos hojas de la puerta estaban abiertas de par en par, por lo que no dudó en penetrar en la alcoba. Inmediatamente, el doctor McCuster se detuvo, asqueado: un hedor penetrante, un olor nauseabundo flotaba en el ambiente.

Poco después comprobaba que alguien había defecado sobre las finas sábanas. ¿Taburani? Le costaba trabajo creerlo, pero el individuo que sufre una crisis depresiva intensa es capaz de alterar su conducta considerablemente.

No sólo había defecado sobre la cama: también se veían vómitos sobre la carísima moqueta de lana pura de color azul pálido.

Encontró un pantalón de pijama absolutamente impregnado de

las malolientes heces. El aire era pesado, irrespirable, por lo que se vio obligado a abrir de par en par una ventana. Cuando la brisa penetró en la estancia, Lester respiró hondamente. De todas formas, se vio obligado a encender un cigarrillo para soportar el asqueante olor de los vómitos y las heces.

Sin apartarse mucho de !a ventana, vio lo que había imaginado antes de poner pie en la residencia de los Taburani: el suelo estaba regado de vacías botellas de whisky, que también se amontonaban bajo el ancho y lujoso lecho.

En la más próxima mesilla de noche había un precioso cenicero de plata, impecablemente limpio. Pero varios centenares de colillas ensuciaban la moqueta, en cuya superficie habían producido las brasas de los cigarrillos arrojados numerosas quemaduras. La moqueta de lana es prácticamente incombustible en forma de llama, pero las colillas habían formado docenas de manchitas oscuras que parecían salpicar de ojillos malignos la superficie del pavimento.

—Ha huido —murmuró McCuster en voz baja.

De todas formas, se dirigió al cuarto de aseo y lo registró. Se trataba de una gran pieza de paredes alicatadas en verde y aderezada con bellas plantas tropicales. Un gran espejo recubría en su totalidad uno de los paños de pared. El baño era de mármol blanco veteado y la loza sanitaria de exquisito gusto y gran precio, con una lujosa grifería dorada. La pieza estaba vacía e impecablemente limpia y ordenada.

Reflejada en el gran espejo vio la silueta de un elegante individuo de alta estatura, esbelto y de atléticas proporciones. Un hombre de unos treinta y seis años, cabellos oscuros, tez bronceada, boca grande y expresiva, nariz fina y ojos perspicaces de color gris muy claro: era él mismo, Lester McCuster, y no tenía el menor interés en seguir contemplándose en el espejo, por lo que cruzó el pulido pavimento de cerámica y abrió el bello armario dorado situado junto al lavabo. Dentro sólo encontró lo que esperaba hallar: un rimero de esponjosas toallas de varios colores, media docena de estantes dedicados exclusivamente a artículos de belleza, útiles para afeitarse, lociones, cremas, champús...

Abandonó el aseo y echó una ojeada al resto de las habitaciones. Le llevó un buen rato, pues además del amplio mirador del ala este y la habitación que servía de taller a Mark Taburani, la planta alta contaba con una docena de habitaciones más.
El dueño de la casa no estaba allí y McCuster se detuvo pensativo en mitad de la galería.
¿Adonde había ido el ex cosmonauta, qué era lo que se proponía?
Un pensamiento sombrío le obligó a mover la cabeza enérgicamente, como sí tratase de convencerse a sí mismo de que no era prudente llegar demasiado lejos en un augurio adverso.
«Seguramente, Mark ha pretendido evitar que yo le viera en su lamentable estado actual. Es razonable imaginar que permanecerá durante el resto del día lejos de aquí, pero probablemente retornará cuando anochezca», pensó.
¿Cuál debía ser la actitud del psiquiatra? Mientras ponía sus ideas en orden, Lester penetró en el *office*, dependencia que había registrado un momento antes. En el frigorífico no había provisiones alimenticias, a excepción de un surtido de latas de conserva, pero debajo del congelador había cubitos de hielo en gran cantidad.
McCuster puso tres en un vaso y se sirvió un martini de la botella que extrajo de uno de los armarios colgados adosados a la pared.
Mientras paladeaba el aperitivo, escuchó claramente aquellas estridentes risas burlonas. Ahora no se trataba de ninguna alucinación, pues el eco de las carcajadas quedó un momento resonando en la galería.
En una corta carrera, recorrió la distancia que le separaba del corredor y escudriñó a izquierda y derecha. No pudo ver nada sospechoso.
«La ventana del dormitorio —recordé de repente—. La he dejado abierta. El ala este de la casa da a un callejón, Flowers Lane creo que se llama, e indudablemente esas risas penetraron por ahí.»

Fue a la alcoba de Taburani y se asomó por la ventana. En efecto, la ventana daba sobre Flowers Lane y un grupo de chiquillos se alejaba riendo y escandalizando ruidosamente.
Volvía al office cuando se detuvo súbitamente.
Luego avanzó unos pasos, se inclinó con el vaso del martini en la mano y recogió del suelo un rebujo de papeles.
Intrigado, deshizo cuidadosamente aquella informe pelota de papel y volvió al office. Sobre una mesa extendió varias hojas de papel, que se esforzó en alisar cuanto pudo.
El papel estaba cubierto por líneas de escritura excesivamente espaciadas y de un trazado sumamente irregular.
La letra era de Taburani, lo supo desde el primer momento, pues Lester le había sometido a unas pruebas de caligrafía unos meses antes. Mark tenía una letra correcta, clara y ordenada. Todo lo contrario de la muestra que el psiquiatra tenía ahora en sus manos: el trazado de las palabras era nervioso e irregular y se alargaban en sentido caprichoso, tanto ascendente como descendente. En fin, sus ojos contemplaban un manuscrito tan farragoso e ilegible, que le costó no menos de diez minutos poner en claro lo que Taburani había tratado de plasmar.
Más o menos, logró transcribir:

Llamar a Joyce, pedirle ayuda, hacer que venga con urgencia... No, no la llamaré: es mejor para ella. La quiero y no deseo verla sufrir.
Ya. Noto como el acceso me acosa en oleadas. Sé que uno de ellos está pugnando por escapar. Lo noto, lo sé.
Anoche escapó otro. ¡Dios, fue horrible! Percibí como si me abriesen en dos, como si desgajasen mis carnes en vivo. Lo oí rebotar en el suelo y se alejó. Pero yo me sentía tan débil que no fui capaz de moverme en el lecho para ver adonde iba a parar.
Y ahora, esta noche, hay otro que quiere salir. Tengo fiebre, las sienes me laten

desordenadamente, he sufrido mareos horribles. Yo sé lo que significa todo eso: el segundo quiere escapar de mí, está ansioso por independizarse y...

McCuster dio la vuelta a la tercera hoja arrugada. Pero no había más. Aquello era todo lo que Mark Taburani había escrito: algo incomprensible, pero... espeluznante.
—¡Pobre Mark! —murmuró el psiquiatra—. Creo que su desequilibrio mental es mucho más grave de lo que yo calculé en principio.
Se guardó aquellas: arrugadas cuartillas en un bolsillo y llevó el vaso al fregadero, aunque no había terminado de beber su martini.
Tras una breve indecisión, volvió a la alcoba y se aproximó a la ventana, sorteando los numerosos cascos vacíos. Cerró cuidadosamente la ventana con su falleba, pero no corrió las cortinas.
Imaginaba que Mark Taburani había despedido a la señora Martin, la asistenta que habitualmente se cuidaba de mantener la enorme casa en orden. Así pues, tendría que buscar a alguien que se ocupase de limpiar la sucia alcoba, a menos que decidiese informar a la policía que el caserón estaba abierto a la codicia de cualquier ávido ratero.
Pero mientras cruzaba el estudio y descendía la escalinata, McCuster decidió que lo más adecuado era mantener a la policía al margen de aquel asunto. Conocía la dirección de los abogados Banner y Gleson que se encargaban de la administración de los bienes de Taburani, pues el propio Mark le había confiado detalles semejantes. Pero no llamaría a los abogados hasta comprobar que Taburani había decidido escapar definitivamente. Para solucionar el problema le bastaba encargar el delicado asunto a Tom Delaney, un investigador privado de confianza al que el doctor McCuster recurría de vez en cuando. Delaney se encargaría de vigilar y guardar la casa y le avisaría inmediatamente en el caso de que Mark decidiese regresar al hogar.

Descendía, completamente abstraído en sus pensamientos, cuando alcanzó el alargado vestíbulo.
Ya estaba asiendo la puerta que había dejado encajada al entrar, cuando le pareció advertir un rumor anormal.
Su mano se desprendió de la puerta lentamente. Conteniendo el aliento, Lester aguzó el oído.
Una voz metálica resonó en alguna parte de la casa. Y súbitamente, el médico recordó:
—¡Smily John! —murmuró, dominado por el estupor.
Avanzó lentamente en oblicuo, en dirección a la alta puerta situada a la izquierda de la escalinata. Procuraba impedir que sus zapatos rechinasen sobre las grandes losas que pavimentaban el vestíbulo y se detuvo, anhelante, junto a la puerta.
Nuevamente llegó hasta su oído la voz del autómata:
—*...en ausencia de mi amo, el señor Mark Taburani. ¡Quietos ahí! ¡No permitiré que hurguéis en las máquinas, condenados muchachos!*
Unas gotitas de sudor perlaron la frente del doctor McCuster.
«¡Dios mío! ¿Es posible que ese extraño robot actúe por su cuenta o... es Mark quien se encuentra en el salón de juegos?», se preguntó.
Y entonces recordó que se había limitado a registrar las dependencias de la planta alta, pero no las del piso bajo. De modo que era muy probable que Mark Taburani se hallase al otro lado de la puerta, enzarzado en una partida de billar contra aquel fascinante juguete electrónico llamado Smily John.
Se disponía a empujar la puerta, pero se detuvo. Porque...

CAPÍTULO IV

Dentro se escuchó un golpe retumbante, seguido del estrépito que produjo un cristal al hacerse añicos.
—*¡Fuera, fuera de aquí —condenados entrometidos!* —vibraba la ira en la metálica voz del artilugio cibernético que Mark había construido en sus ratos de ocio.

El estrépito fue en aumento. Al otro lado de la sólida puerta resonaban chasquidos, golpes sordos y los restallidos de las maderas rotas

McCuster empujó la puerta, pero ésta no cedió.

Mas preocupado a cada momento, escuchó el alboroto que tenía lugar en el salón de juegos. El estruendo era horrísono y al rumor cantarín de los vidrios rotos, las voces de Smily y los chasquidos se unía el eco de unas carcajadas agudas y sardónicas

Se diría que Smily estaba persiguiendo y golpeando a alguien

»Pero ¿es posible tal cosa?» se pregunto estupefacto el doctor Lester McCuster.

—*¡Malditos, malditos!* —chillaba el autómata—. *¡Os machacaré, os deslomaré! ¡Ah, no, no, condenados gamberros, no os dejaré escapar a través de esa ventana!*

Debió romperse otro cristal, pues al otro lado de la puerta tintinearon los fragmentos.

McCuster no sabía qué hacer. Por una parte, ansiaba abrirse camino y comprobar lo que estaba ocurriendo en el gran salón de juego pero por otra parte le repugnaba utilizar la violencia para abrir aquella tenaz puerta.

¿Se habría encerrado Taburani con llave? De todas formas McLuster no conseguía explicarse la extraña conducta del robot. ¿Un autómata tan complejo y sofisticado era posible? ¿Un ser de metal capaz de moverse por su propia voluntad, de perseguir a unos intrusos, de formar frases complejas, un autómata capaz de experimentar un sentimiento tan humano como la ira?

¿O se trataba, sencillamente, de una comedia, de una parodia montada por Mark Taburani para impresionarle?

Fuera como fuera, McCuster no poseía la paciencia suficiente como para aguardar a que alguien le franquease aquella puerta.

A tres metros de distancia se encontraba una de la media docena de armaduras medievales que Taburani había colocado allí para «ambientar» el vestíbulo. Y precisamente la armadura más próxima sujetaba con su brazo derecho una sólida pica

metálica.
Cuando McCuster trató de desprender la lanza del guantelete, éste se desgajó del brazo. Pero el psiquiatra ni siquiera reparó en ello. Corrió hacia la puerta del salón de juegos e insertó la punta de acero de la lanza entre las dos hojas de roble, justamente a la altura de la dorada cerradura.
Tuvo que bregar con ímpetu, pero finalmente se oyó un débil chasquido y la hoja de la derecha giró sobre sus bisagras.
Inmediatamente, Lester se precipitó dentro.
Por unos instantes se sintió incapaz de reaccionar.
Sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban incrédulos el indescriptible desastre. Los tapetes verdes de las dos mesas de billar estaban hechos jirones, había dos ventanas rotas —rotas sus cristaleras y prácticamente destrozadas sus maderas— y cuatro de las máquinas recreativas mostraban sus tripas electrónicas a través de los paneles deshechos a golpes.
El suelo estaba cubierto de fragmentos de vidrios y astillas de madera. Y en medio de aquella ruina, contemplándole irónicamente con su mueca jocosa, la silueta maciza y rechoncha de Smily John.
No había nadie más en aquella estancia, a excepción del autómata.
Las dos ventanas destrozadas carecían de rejas, puesto que daban a un patio interior, donde se encontraba el garaje y otras dependencias de servicio. McCuster miró a través de los huecos de las ventanas, pero el patio aparecía desierto.
Las puertas basculantes del garaje estaban alzadas y permitían comprobar que los tres lujosos automóviles de los Taburani continuaban allí.
McCuster jadeó y dirigió una tensa mirada al autómata, que parecía inmóvil entre las dos mesas de billar, aunque Smily John aferraba con su brazo derecho un taco de billar con el que sin duda, había llevado a cabo la salvajada de destrozar el salón de juegos.
«¡Dios mío! Pero ¿qué estoy pensando? Ese autómata es incapaz de tomar decisiones por sí mismo.», se dijo McCuster, lívido.

Y si no era Smily John el responsable de aquel destrozo ¿quién, pues?
Al sereno doctor McCuster la situación se le antojó absolutamente absurda, totalmente irreal.
No. —Estaba claro que un robot no podía... ¿O sí?
Le miró de hito en hito. Los ojos de vidrio de Smily John destellaban lívidamente.
McCuster movió los labios. ¿Era sensato dirigirse a un robot, pedir explicaciones a un autómata?
«Pero él respondió a tus palabras de disculpa, en aquella ocasión, en que Mark hizo la exhibición sobre la mesa de billar —se dijo, reflexivo—. El me reconoció. Dijo: “Me sentiría encantado de darle una lección al incrédulo del doctor McCuster.”»
Bien. Un robot podía incluir un sensor de sonidos, capaz de analizar distintas voces y reconocer una en particular...
«Pero, gran Dios, es imposible que un autómata sienta odio o ira», razonó el psiquiatra.
Dejó la pica medieval apoyada en el marco de la primera mesa de billar y avanzó un par de pasos.
—Smily John, yo... —dijo.
—¿Sí, doctor McCuster? —vibró la metálica voz del robot.
¡Le había reconocido sólo con verle! Aquello demostraba que Smily John podía ver a través de sus ojos de cristal, lo cual no era tan asombroso, puesto que Mark podía insertar una microcámara de televisión con visores a través de los cristales convexos de los saltones ojos del robot.
De todas formas, Lester llegó a la conclusión que el monigote que tenía ante sus ojos no era un simple juguete, sino algo mucho más complicado y valioso.
—Smily John, ¿dónde está Mark Taburani? —preguntó.
(Ya que el autómata parecía tan capaz, era posible que pudiera extraer información de él.)
—Se marchó —respondió el autómata—, Estaba disgustado, desesperado. Al parecer, no quiere a sus hijos.
—¿Sus hijos?
McCuster abrió unos ojos como platos, puesto que sabía con

certidumbre que Joyce y Mark Taburani no habían tenido descendencia hasta la fecha.
—Los gemelos —respondió John, pacientemente.
—¿Los gemelos? Pero ¡es imposible! El señor Taburani no tiene hijos —invocó.
La situación era irreal. Todo un doctor en psiquiatría tratando de convencer a un monigote de metal de la imposibilidad de que Mark Taburani tuviera hijos.
McCuster se sintió avergonzado. Posiblemente también él tendría que comenzar a desconfiar de sus facultades mentales.
—Los gemelos —remachó Smily John, imperturbable—. Han llegado recientemente, por eso usted no los conoce.
McCuster retrocedió unos pasos y se apoyó sobre la primera mesa de billar.
—¡No puedo creerlo! A menos que... —pero no llegó a expresar completamente su idea.
Luego alzó la mirada e incluso sacó un cigarrillo. Su mano tembló al alzar la llama del mechero hasta la punta del pitillo.
Una idea acudió a su mente.
—Dime, Smily John, ¿quién es el responsable de este destrozo? —formuló. Y describió con un ademán circular los tapetes en jirones, las máquinas deshechas y las ventanas destrozadas a golpes.
—La culpa es de los gemelos —explicó el autómata, con todo desparpajo—. Penetraron aquí aprovechando una distracción del señor Taburani, mi amo, y comenzaron a hacer de las suyas. Se lo aseguro, doctor: son unos verdaderos diablos. Trataron de jugar al billar y sólo consiguieron destrozar los valiosos tapetes. Les advertí, pero se rieron de mí a carcajadas...
—Carcajadas —repitió McCuster, como un eco.
—Luego fueron a las máquinas y trataron de hacerlas funcionar pero yo se lo impedí. Tengo estrictas órdenes del señor Taburani: nadie debe utilizar estas máquinas en su ausencia.
—¡Ah!, ¿sí? —murmuró el médico, estúpidamente.
—¿Lo duda? —modularon las vibraciones metálicas—. Creo que sigue tan incrédulo como siempre, doctor McCuster.

La mano articulada de Smily John aferró con más fuerza el duro taco de billar. McCuster tragó saliva y se apresuró a decir:
—Está bien, está bien. Dices que los gemelos... Y ¿dónde están ahora ellos?
—Les perseguí, traté de castigarles, y aun puedo asegurar que recibieron más de un garrotazo, pero son duros y escurridizos los condenados. Mientras los perseguía a palos, ¡ejem!, causé parte de este destrozo sin proponérmelo. El resto es responsabilidad de ellos. En fin, lograron escapar a través de las ventanas. Lamentablemente —Smily John volvió a producir aquella especie de carraspeo metálico—. Yo no puedo hacer otro tanto. Escaparon, ya se lo he dicho.
De repente, McCuster estalló en una violenta y estentórea carcajada.
—Condenado fantoche, ¿crees que me voy a creer todo eso? —exclamó con desprecio—. Yo sé que esos gemelos no existen, que eres tú el que ha destrozado todo esto para montar la «puesta en escena» y que, en resumen, sólo se trata de una broma montada por el desequilibrado Mark Taburani. ¡Tú... tú... sólo eres un farsante que secunda las locas fantasías de tu jefe!
En aquel momento, Lester McCuster decía lo que sentía, exactamente. Porque súbitamente había llegado a la conclusión de que no podía existir un robot tan inteligente y sofisticado como Smily John.
No. No se trataba de un autómata, sino de un simple artilugio dentro del cual se ocultaba un ser humano, un cómplice de Mark Taburani, el cual —lamentablemente— debía estar completamente loco para engendrar tamañas fantasías.
—No, doctor McCuster —denegó Smily John—, Le aseguro que yo no soy lo que usted piensa. Yo soy...
Pero el médico se abalanzó sobre él y comenzó a palpar bajo el chaleco a listas rojas, ansioso por desenmascarar al impostor que se escondía bajo la apariencia de una sofisticada marioneta.
Sin embargo, Smily John no parecía dispuesto a consentir que nadie hurgara en «sus intimidades». Con una violencia

increíble, rechazó de un manotazo de hierro al psiquiatra, el cual fue despedido a cuatro metros de distancia, rodando vertiginosamente por el suelo.

Y caído de espalda, percibió cómo la angustia y el miedo atenazando su garganta, porque bajo el chaleco de Smily John no había palpado otra cosa que duros metales articulados y un entramado de cables y elementos electrónicos.

Y desde el suelo, paralizado por la sorpresa que su tajante descubrimiento acababa de producirle, vio a Smily avanzar sobre él, quien alzando en alto el taco de billar que empuñaba, exclamó con voz tonante:

—No debió insultarme, doctor; no debió dudar de mis palabras ni de las de mi amo, el señor Mark Taburani. No debió tampoco cometer la grosería de palpar mi interior. ¿Ha visto? ¡Ha desgarrado mí precioso chaleco!

El autómata se abalanzó sobre él y el palo de billar cayó con terrible contundencia. Afortunadamente, McCuster fue capaz de reaccionar en el último momento y rodó vertiginosamente sobre el suelo, con lo cual logró evitar el golpe que Smily John le reservaba.

El taco de billar restalló secamente al chocar contra el pavimento y se partió por la mitad. Pero el brazo de Smily era largo y probablemente extensible. Aún empuñaba un palo de casi noventa centímetros, grueso y resistente y terminado en una astilla puntiaguda muy peligrosa.

El segundo ataque del robot le sorprendió a McCuster cuando acababa de chocar contra las gruesas y sólidas patas de la segunda mesa de billar. La mesa le protegió y el médico consiguió escapar por debajo.

Pero Smily rodó a velocidad de vértigo alrededor de la mesa y se abalanzó nuevamente sobre él con el palo en alto. El psiquiatra resbaló sobre los fragmentos de vidrio que cubrían el pavimento y perdió el equilibrio, con lo que el golpe asestado por el autómata le alcanzó contundentemente en el hombro derecho.

El impacto paralizó el brazo y la mano y le impidió asirse a la mesa e incorporarse. En un reflejo veloz, comprendió que si

quería escapar al nuevo golpe salvaje la solución pasaba por debajo de la mesa. Y así lo hizo: con la rapidez posible, tornó a girar sobre sí mismo y pasó al otro lado.

—¡Maldito, maldito descarado! —chillaba Smily John con su característica voz retumbante de matices metálicos—. ¡No podrá escapar! ¡Yo le daré su merecido!

Pudo ver el rostro redondo del autómata. Y McCuster hubiera jurado que la sonrisa flemática había desaparecido de aquellas facciones de caucho para convertirse en un rictus criminal.

El extremo del taco golpeó contra el marco de la mesa de billar y se hizo astillas. Sorprendentemente, Smily John se apartó del hombre caído en el suelo, lo que llevó un poco de esperanza al atribulado doctor McCuster.Pero cuando se incorporaba apoyado en la mesa, advirtió que el autómata no había renunciado a su venganza: estaba junto a la pared, descolgando un nuevo taco de billar de la estantería que los contenía.

En aquel momento, McCuster comprendió que Smily John le mataría si él no hacía algo —y muy pronto— para impedirlo.

Era una situación inconcebible: se enfrentaba a un robot asesino. Pero el peligro no tenía nada de absurdo: era evidentemente muy real.

Cuando Smily contorneaba la mesa. McCuster saltó sobre la misma, evitando fácilmente el primer impacto.

—¡No podrá escapar, no podrá escapar! —se desgañitaba Smily John, cuya voz se había agudizado extraordinariamente.

El taco golpeó salvajemente la mesa, pero el psiquiatra había saltado ya a la mesa contigua.

La lanza que había dejado apoyada en la mesa, ése era el objetivo del doctor McCuster.

Ahora estaba seguro de que si no se defendía contundentemente, aquel diabólico artilugio electrónico acabaría matándole a golpes.

Fue tan ávido su manotazo que la lanza resbaló sobre el pulido marco y cayó al suelo. Smily John llegó en ese momento, rodando sobre sus silenciosas ruedecillas, el gesto iracundo y el palo firmemente empuñado.

McCuster saltó al suelo y rodeó la mesa, pero Smily John le lanzó un temible golpe por encima de ésta. El trallazo le alcanzó en la espalda de pleno y le produjo un dolor vivísimo, derribándole.
El robot rodeó rápidamente la larga mesa de billar.
—¡No escapará, no le permitiré escapar! —chillaba frenético Smily John.
Imponiéndose al lacerante dolor que paralizaba sus músculos y le impedía reaccionar, Lester McCuster rodó sobre sí mismo debajo de la mesa.
Cuando su mano rozó el mango duro y redondo de la pica, sus ojos destellaron esperanzados.
En seguida, el autómata giró, contorneó la mesa y se aproximó palo en alto.
McCuster le permitió aproximarse, inmóvil en el suelo. Y justamente cuando el taco de billar se abatía sobre él nuevamente, el médico alzó la lanza y la hincó en el pecho del autómata.
Smily John exhaló un alarido espeluznante, pero su brazo siguió descargando golpes a diestro y siniestro. Pero había resultado averiado en parte y ya no podía desplazarse, lo que permitió a McCuster eludir fácilmente los golpes que el robot le dirigía.
Puesto en pie, empuñó firmemente la lanza y cargó contra Smily John. Al hundirse la punta de la lanza en su pecho por segunda vez, el robot exhaló un gorgoteo aterrador y un haz de chispas azuladas brotó entre los jirones de su destrozado chaleco
McCuster empujaba y empujaba, hasta que el autómata chocó contra la mesa y cayó pesadamente a tierra.
Entonces todo movimiento cesó en el cuerpo del robot.
Paso a paso, McCuster se aproximó y se inclinó sobre él.
Los labios de caucho de Smily John se movieron por última vez.
—Me ha matado, doctor McCuster. Me ha vencido. Pero no se envanezca demasiado. Mi amo, el señor Mark Taburani, no olvidará esto. El me vengará.
Los ojos saltones dejaron de destellar. De entre las ropas de

Smily John brotó un hilillo de humo.
Lester McCuster dejó caer la lanza que empuñaba y se precipitó fuera del salón de juegos.

CAPÍTULO V

Cuando logró serenarse un poco, Lester McCuster dedicó unos minutos a poner en orden sus ideas.
Decidió, en primer lugar ponerse al habla con Tom Delaney. Acomodado tras el volante de su automóvil, descolgó el radioteléfono v obtuvo la comunicación con el veterano detective.
—Tom, ¿puedes hacerme un favor?
Una carcajada festiva resonó en su oído.
—Naturalmente. ¿A quién hay que matar? —bromeó Delaney.
Pero el psiquiatra fue directo a lo que le interesaba.
—Estoy en Lincoln Park frente al viejo caserón que ocupa el ángulo sur, junto a Flowers Lane. ¿Puedes trasladarte aquí ahora mismo?
—Como un misil, jefe —respondió el detective.
—Te estaré esperando —advirtió McCuster.
Diez minutos después, un cochecito utilitario europeo encontró un hueco en las proximidades. De él descendió un alto hombretón de anchos hombros que vestía una inmensa guayabera color beige: era Tom Delaney.
McCuster le explicó en pocas palabras lo que deseaba de él.
—Quédate vigilando desde tu coche y toma nota de cualquier persona que entre o salga de esa casa. ¿Conoces a Mark Taburani?
—¿El famoso cosmonauta?
—Justamente. Si le vieses entrar en esa casa, llámame inmediatamente y reténlo si intentase marcharse. Incluso por la fuerza.
—Entendido, jefe. ¿Algo más?
—Mira hacia allá, Tom. Hay una cafetería. Puedes comer algo allí a la hora del almuerzo, sin perder de vista la entrada a la

residencia Taburani. Ahora, tengo que marcharme. Te llamaré más tarde.
—De acuerdo, jefe. No me moveré de aquí.
Ya se marchaba Delaney en dirección a su cochecito, cuando escuchó el siseo del doctor McCuster.
—¿Sí, jefe?
—Tom, no es más que una idea tonta, pero si vieras salir de esa casa a unos chicos...
—¿Niños? —se frunció el ceño de Delaney.
—Está bien, déjalo —movió la cabeza furiosamente el psiquiatra—. Olvídalo. Ya te dije que era una idea tonta.
Delaney se le quedó mirando cuando McCuster sacó el coche del aparcamiento. Y le siguió con la mirada cuando el automóvil se alejó.
—¿Qué mosca le habrá picado? —murmuró, mientras se alejaba hacia su utilitario, rascándose instintivamente el cogote.
Mientras conducía despacio hacia el centro comercial, McCuster utilizó el radioteléfono para hacer una nueva llamada. El destino era Washington y la persona con la que quería comunicarse se llamaba general Arnold J. Crookston.
—General Crookston al teléfono. ¿Es usted, doctor McCuster?
—En efecto, general. Siento molestarle, pero el motivo es válido.
—¿De qué se trata? —un nuevo interés vibraba en la voz del militar.
—Mark Taburani ha huido —declaró McCuster.
—No lo comprendo. Quiere decir, ¿desaparecido?
—Así es, señor. Permítame que se lo explique todo.
McCuster habló durante cinco minutos sin que su interlocutor le interrumpiera una sola vez.
—Yo puedo ocuparme de buscarle, general. Naturalmente, tendré que recurrir a un investigador privado —ofreció el psiquiatra.
Pero el general Crookston se apresuró a decir:
—De ninguna manera. Olvídese de eso, doctor. Nosotros nos ocuparemos de Taburani. Le prometo mantenerle informado.
—¿Eso es todo? —preguntó McCuster un tanto ofendido,

aunque se esforzó en que su voz no delatase su estado de ánimo.
—Sólo una advertencia, doctor: debo rogarle que no hable con nadie acerca de la desaparición de Taburani, ni de su actual desequilibrio mental.
—¿Por qué? —se extrañó McCuster.
—No puedo explicarle los motivos que me fuerzan a exigirle silencio: el secreto ha sido impuesto por el Pentágono. ¿Alguna observación, doctor McCuster?
—Ninguna, señor —respondió. Aunque en su interior ardía de pura curiosidad.
La comunicación se interrumpió. Lester colocó el auricular del radioteléfono en su alojamiento del panel y condujo sin prisas hacia el edificio Price, donde tenía su consultorio.
Saludó a Jenny Brown, que estaba ordenando un fichero, y penetró en su despacho.
Descorrió la cortina del amplísimo ventanal orientado al sur, se sentó de espaldas a la mesa y encendió un cigarrillo.
Se sentía perplejo.
¿Por qué tanto secreto alrededor del hecho de que un ex astronauta sufriera una crisis depresiva?
Un año atrás, el doctor McCuster había recibido la visita del general Arnold J. Crookston. Crookston prestaba sus servicios en el Pentágono y se había comunicado previamente con el psiquiatra para acordar la entrevista.
—Queremos encargarle el cuidado y tratamiento de uno de nuestros astronautas —dijo el general, sin más preámbulos—, El Pentágono sabe que usted es el hombre adecuado, por sus conocimientos y experiencias. ¿Quiere hacerse cargo de esta misión? Naturalmente, abonaremos sus honorarios con generosidad.
McCuster reflexionó brevemente sobre aquella proposición. Y después...
—¿Qué le ocurre exactamente a su hombre? —indagó.
—Se llama Mark Taburani, es casado, sin hijos y reside en esta ciudad. Taburani es uno de los hombres que participó en el programa «ARCADY-2600». ¿Recuerda aquella misión

espacial, doctor? El «ARCADY-2600» era un gran laboratorio volante capaz de desplazarse de la Tierra a la Luna y viceversa, continuamente. Durante trece meses la colosal astronave viajó describiendo una elipse desde la Tierra a su satélite...
—Ya lo creo que lo recuerdo. El programa «ARCADY-2600» fue hace dos años el centro de todas las polémicas —asintió McCuster—. Los soviéticos sostenían que el «ARCADY-2600» no era otra cosa que una gran fortaleza volante construida con fines bélicos. Fueron muchos los observadores que opinaron que la astronave vigilaba especialmente el perímetro de la Unión Soviética. Se suponía que el «ARCADY-2600» tenía como una de sus misiones destruir centenares de satélites espías soviéticos, aunque también podía neutralizar misiles de largo alcance y otros ingenios bélicos.
—¡Especulaciones, meras especulaciones! —protestó Crookston, enrojecida súbitamente su tosca faz—. Nuestro proyecto sólo tenía fines científicos, no bélicos. El «ARCADY-2600» tenía como misión observar y detectar determinados fenómenos de radiación, eléctricos y gravitatorios. Suponía, además, un avanzadísimo observatorio meteorológico y astronómico. Todas las demás suposiciones respecto a su misión no fueron otra cosa que meras argucias políticas generadas por los soviéticos con el fin de desestabilizar el entendimiento y las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y otros países.
—Bien. ¿Cuál es el estado psíquico de Mark Taburani? —McCuster dio un nuevo giro a la conversación, pues a él, como profesional, apenas le interesaba las cuestiones de estrategia y alta política.
—Taburani y algunos de sus compañeros, de misión sufrieron un leve desequilibrio emocional, que achacamos a la larga duración de la misión. Ya sabe: esos fenómenos de soledad, claustrofobia, aislamiento... Todo ello unido a las alteraciones físicas que produce una larga estancia en el espacio —explicó el general, gesticulando y agitando impacientemente sus manos.

—En tal caso, ¿no se produjo ningún incidente extraño a bordo del «ARCADY-2600» durante el tiempo que estuvo cubriendo su periplo entre la Tierra y la Luna? —preguntó inopinadamente el psiquiatra.
Las facciones de Crookston se pusieron rígidas.
—¿Por qué me pregunta tal cosa? —respondió desabridamente. Pero inmediatamente sus facciones se suavizaron—. No, no tenemos indicios de que se produjera algún hecho anormal a bordo. El motivo de que yo esté aquí ya lo conoce: deseamos que usted se ocupe permanentemente de Mark Taburani hasta que logre recuperarse totalmente. Si acepta la misión, nos mantendrá informados periódicamente acerca de sus progresos, retrocesos o cualquier otra vicisitud en su estado de salud mental.
Miró fijamente a McCuster y le apremió:
—Bien, doctor: ¿cuál es su respuesta?
Lester meditó durante unos instantes. Al cabo, alzó la mirada y asintió:
—Acepto ocuparme de Mark Taburani. Le someteré a una tanda de pruebas y trataré de diagnosticar con la mayor exactitud la índole de su enfermedad. Cuando haya decidido el tratamiento le telefonearé, general. Prometo que le llamaré una o dos veces al mes para mantenerle informado acerca de la evolución del estado psíquico de su hombre —declaró el psiquiatra.
Complacido, el general Crookston se incorporó, dispuesto a despedirse.
—Perfectamente, doctor McCuster. Taburani acudirá a su consulta dentro de unos días y a partir de entonces dependerá absolutamente de usted. Ahora... debo puntualizar lo siguiente.
—Dígame, general.
—Deberá mantener en secreto tanto la personalidad de Taburani, como todos los datos que deduzca de sus observaciones clínicas, que sólo nosotros deberemos conocer. Para los demás, incluso para sus colaboradores, doctor McCuster, Mark Taburani sólo será un cliente más. Buenos días, doctor. Le deseo toda clase de éxitos —se despidió

Crookston.
—Gracias, general —respondió el psiquiatra, un tanto perplejo.
Y le acompañó hasta el ascensor.
A solas de nuevo en su despacho, McCuster se sintió ciertamente desconcertado. No lograba encontrar una explicación razonable a aquella imposición del Pentágono: mantener en secreto su relación con Mark Taburani.
Sabía —era público y notorio— que Taburani había causado baja en el equipo dé cosmonautas de la NASA, terminado el programa «ARCADY—2600». Por otra parte, Crookston había insistido en que a lo largo de aquella misión no se había producido ningún fenómeno o incidente que pudiera influir sobre la salud mental de los diez astronautas que componían la dotación de la fabulosa astronave experimental. En tal caso, ¿para qué tanto secreto?
McCuster se encogió de hombros. De todas formas, estaba dispuesto de buen grado a ocuparse de Taburani, por el que comenzaba a sentir un interés profesional extraordinario.
Como el general Crookston había anunciado, el ex cosmonauta acudió a su consulta una semana después.
El doctor McCuster le dedicó toda una sesión matinal. Aquella mañana, Mark Taburani tenía todo el aspecto de un hombre joven, optimista y pleno de vitalidad. Conversó fluidamente con el psiquiatra y respondió de buen grado a cuantas preguntas le fueron formuladas. Según pudo deducir McCuster, Mark estaba profundamente enamorado de su esposa, Joyce, una mujer joven y atractiva, perteneciente a la poderosa familia Alston.
La entrevista discurrió de forma placentera y relajada. Sólo en dos ocasiones se nubló el despejado semblante moreno de Mark Taburani: cuando el doctor McCuster le preguntó si tenía hijos y cuando el psiquiatra, incidentalmente, hizo referencia a las actividades profesionales del ex cosmonauta. Entonces, Taburani se mostró hosco y procuró desviar la conversación sin; la menor diplomacia
La segunda entrevista tuvo un sesgo diametralmente distinto. El hombre optimista y lleno de energías de la ocasión anterior se había transformado en un ser tímido, huraño introvertido y

doliente, incluso sus saludables facciones se habían transformado: esta mañana el rostro de Taburani aparecía pálido y macilento.
Respondió de mala gana a las preguntas del doctor y se quejó de dolencias físicas que fue incapaz de describir. Declaró que se sentía mal, indolente, débil y angustiado, pero sus explicaciones fueron vagas y confusas.
McCuster le sometió a una serie de exhaustivas pruebas físicas: análisis de sangre y orina, electrocardiogramas, electroencefalogramas... Finalmente llegó a la deducción de que el malestar físico del ex cosmonauta tenía un origen psicosomático. Algo funcionaba mal en la mente de Taburani y aquella perturbación influía notablemente en su salud física.
Cuando unos días más tarde se comunicó con el Pentágono, informó al general Crookston que, en su opinión, Mark Taburani sufría una psicopatía profunda, lo que explicaba sus frecuentes cambios de humor.
—La posible solución pasa por un tratamiento múltiple: métodos quimioterápicos, físicos y psicoanalíticos —informó a Crookston.
El general estuvo de acuerdo en comenzar inmediatamente aquel tratamiento. Para McCuster, aunque la quimioterapia fuera un poderoso aliado a la hora de combatir la psicopatía del ex cosmonauta, basaba más profundamente sus esperanzas en el psicoanálisis y la práctica de ejercicios físicos especializados.
—Es preciso motivar a nuestro paciente en la práctica de ejercicios físicos constantes. La actividad física mantiene la atención fija en lo que los músculos están haciendo, de modo que puede llegar a alejar la actividad psicopática —añadió McCuster.
Crookston le animó a poner en práctica su tratamiento en seguida y McCuster abordó aquella misión con gran entusiasmo.
Al principio, el tratamiento quimioterápico dio efectos positivos. Las crisis psicopáticas de Taburani cedieron y su equilibrio emocional se estabilizó un tanto. Por otra parte, McCuster había conseguido que Taburani se hiciera socio de un club

gimnástico de élite. Bien dotado físicamente, se dedicó a la natación y otras actividades físicas con regular entusiasmo. McCuster, que le visitaba frecuentemente, le animaba y motivaba sin descanso.

Sus desvelos tuvieron un éxito satisfactorio, pues Taburani se ilusionó con la proposición del psiquiatra para que tomara parte en el campeonato de natación organizado por el Gaylord Club, para lo cual se entrenó incansablemente a lo largo de seis semanas. Taburani ganó el trofeo *senior* holgadamente, alcanzando excelentes marcas en cada uno de los estilos.

Sin embargo, Taburani se sometía de mala gana a las sesiones de psicoanálisis. No conseguía relajarse fácilmente y rehuía tenazmente responder a ciertas preguntas del psiquiatra. En cierta ocasión llegó a enfurecerse de tal forma, que McCuster se vio obligado a dar por terminada la sesión.

De todas formas, Taburani había realizado ciertos progresos. Ello se debía principalmente a su afición a los deportes, a los que se entregaba tan rendidamente que apenas disponía de un rato libre a lo largo de cada jornada.

Le apasionaba también la caza, que solía practicar cada fin de semana en compañía de su esposa. Ocasionalmente, Mark había invitado a una partida de caza al doctor McCuster, aunque éste sospechaba que la invitación sólo tenía un objetivo: Mark gustaba de demostrar a los demás su experiencia y habilidad a la hora de disparar con armas largas.

Por su parte, el general Crookston se sentía satisfecho de los éxitos parciales conseguidos por Lester McCuster.

—Perfectamente, doctor —solía decir cuando McCuster le rendía su periódico informe—. No le pedimos milagros respecto a Taburani. Siga, simplemente, con su tratamiento. Creemos que es el más adecuado.

En febrero, el doctor McCuster asistió a un simposio sobre enfermedades mentales celebrado en San Francisco. Y allí se entrevistó con un viejo amigo de universidad, Douglas Brando, doctor en psiquiatría como él.

Al final de una de las sesiones y mientras tomaban un aperitivo en las dependencias de profesores, Brando hizo aquella

observación:
—Al parecer, tienes bajo tu tutela profesional a uno de los cosmonautas del programa «ARCADY-2600»...
Sorprendido, McCuster escrutó con interés el semblante de su colega.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó.
Brando le confesó la verdad: él también tenía bajo su custodia a Jack Ironwood, uno de los diez astronautas que permanecieron trece meses a bordo de la astronave experimental.
—Pero ¿cómo has llegado a saber que yo...?
—Mark Taburani le escribió a Ironwood y le confió que estaba recibiendo tratamiento psiquiátrico por parte del doctor Lester McCuster. Imagínate mi sorpresa, Lester. Cuando el general Crookston me encargó que me cuidase de la salud mental de Ironwood, creí que se trataba del único caso de desequilibrio mental entre los hombres de la dotación del «ARCADY-2600» —relató en tono confidencial el doctor Brando—. Cuando supe que tú tenías una misión semejante a la mía, tuve la tentación de telefonearte para cambiar puntos de vista sobre las características de nuestros pacientes, pero decliné hacerlo al recordar la imposición de Crookston de mantener en secreto mi relación con Jack Ironwood.
—A mí me ocurrió otro tanto. Me refiero a la advertencia de Crookston respecto a llevar de forma confidencial todo lo relacionado con Taburani —se vio obligado a reconocer Lester NcCuster.
Bebió un largo trago de su copa y añadió, reflexivo:
—Todo esto me lleva a concretar una sospecha.
—¿Cuál?
—Es muy posible que todos los hombres del programa «ARCADY-2600» estén afectados por graves desequilibrios mentales —formuló.
Brando asintió vivamente.
—Eso mismo temí yo cuando Ironwood me confió que tú te ocupabas de Taburani. Dos hombres afectados de psicopatía en la misma misión era demasiado.
—Espera, espera, Douglas —rogó McCuster, vivamente

interesado—. ¿Quieres decir que tu pupilo, Ironwood, también sufre una psicopatía profunda?
Brando asintió con un gesto enérgico. Por encima del hombro de McCuster dirigió un vistazo al buffet y murmuró, sigiloso:
—Pero no sigamos hablando aquí: alguien podría oírnos. Terminemos nuestros martinis y volvamos al paraninfo. Te invito a cenar esta noche, Lester. Durante la cena podremos hablar tranquilamente. Y te advierto que guardo para ti una confidencia que te asombrará.

CAPÍTULO VI

McCuster se sentía muy cómodo en aquella apartada mesita del restaurante francés al que Douglas Brando le había llevado. Las luces eran discretas, las voces quedas y la música ambiental lenta y rítmica parecía propiciar las confidencias. Las mesas estaban suficientemente espaciadas en el amplio comedor y, por lo demás, sólo media docena de ellas estaban ocupadas a aquella hora. El *maître*, impecable dentro de su smoking, supervisaba las idas y venidas de los camareros.
Acababan de tomar un delicioso consomé marinero y paladeaban el primer trago de una botella de Chateau Marechal 1968, un vino idóneo para degustar con las truchas que llegarían de un momento a otro.
—¿Y bien? —exclamó McCuster impaciente, escrutando el rostro alargado de su colega.
—Cuando supe que tú también tenías a tu cargo a uno de los astronautas que participaron en el programa «ARCADY-2600», me asaltó la misma sospecha que a ti, era muy posible que todos los hombres que pasaron trece meses en la astronave experimental estuvieran afectados por enfermedades mentales...
—Y decidiste llevar a cabo una investigación al respecto —indicó McCuster, seguro de que él hubiera hecho otro tanto.
—Sí. Necesitaba hacer aquella comprobación y la llevé a cabo de la forma más discreta posible. Aunque te aseguro que no me

resultó fácil. Ironwood no sabía dónde estaban sus restantes compañeros, a excepción de Taburani. O no quiso confiarse a mí, vaya usted a saber —respondió Douglas Brando. Y se llevó la copa a los labios.
—¿Qué método utilizaste?
—No poseía otro dato que la lista con los nombres de los cosmonautas. Diez nombres que estaban al alcance de cualquiera, pues los medios de comunicación los habían divulgado exhaustivamente cuando la astronave regresó a la Tierra y el programa fue dado por finalizado.
Llegó el camarero arrastrando su carrito. Los dos psiquiatras guardaron silencio mientras el camarero servía en sus platos las suculentas truchas *au vin*. En seguida, Brando dedicó toda su atención a la cuidadosa disección del manjar. Pero McCuster se sentía sobre ascuas y no pudo callarse las siguientes preguntas:
—¿Y bien? ¿Qué averiguaste? ¿Cómo lo conseguiste?
—No podía recurrir a la NASA ni al general Crookston u otro personaje del Pentágono por razones obvias, de modo que adopté una estrategia de eliminación.
—¿Eliminación? —exclamó McCuster, perplejo.
—Lo comprenderás en seguida, cuando te lo explique respondió Brando, entre bocado y bocado—. Reflexiona si, como suponía, todos los hombres del «ARCADY-2600» habían sido afectados por la locura, fuera cual fuera el origen de ésta, habría que suponer que los demás cosmonautas estarían, igualmente, recibiendo tratamiento psiquiátrico ¿me sigues?
—Religiosamente —murmuró McCuster.
—Reparé en el hecho de que Crookston había recurrido a dos prestigiosos psiquiatras como tú y yo. Y deduje que el general se había preocupado de escoger profesionales serios respetables, dignos de toda confianza. Hice, pues, una selección entre todos los psiquiatras que yo conocía y pergeñé una lista de ellos. Después utilicé el teléfono. Al tercer intento conseguí la primera respuesta positiva: el doctor Hugh Pierson, de Dallas, acabó por confesarme que tenía al ex cosmonauta Nat Carroll bajo su custodia.

—Un trabajo muy inteligente el tuyo, Doug —alabó con toda sinceridad McCuster.
— Y muy fatigoso, pues tuve que hacer miles de llamadas telefónicas. Confieso que la mayoría de mis intentos resultaron fracasos.
—Pero seguiste adelante...
—¡Naturalmente! El éxito con Pierson era la prueba de que mis deducciones eran certeras —respondió el doctor Brando—. Tres días después obtuve otra nueva victoria: el doctor Alex Dauphin, de Karmine Gardens (Alabama) terminó confiándome que él mantenía bajo tratamiento psiquiátrico a otro de los cosmonautas, London Barnett. Y así hasta...
—¿Hasta qué?
Brando se llevó a la boca el último jugoso trozo de trucha y se limpió discretamente los labios con su servilleta.
—Hasta llegar a la evidencia de que nueve de los diez hombres del «ARCADY-2600» padecían psicopatías profundas y eran atendidos por otros tantos especialistas, como tú y yo, Lester. Por esa razón es por lo que decidí sincerarme contigo esta tarde. El asunto me parece suficientemente intrigante como para llegar a preocuparme.
—Así que yo también tenía razón —susurró McCuster, entornados los ojos.
El camarero se acercó y retiró el plato del doctor McCuster casi intacto. Brando siguió los movimientos del camarero y movió la cabeza conmiserativamente.
—Los dos teníamos razón —asintió, llenando las dos copas que estaban vacías—. Aunque casi todos los psiquiatras que atienden a los ex astronautas se mostraron renuentes respecto a sus pupilos, logré averiguar que los síntomas son semejantes en todos los casos. Por cierto, ¿no se queja Mark Taburani de molestias y picores en la espalda?
McCuster se apresuró a asentir.
—¡Sí, sí! Comenzó a sentir malestares de ese tipo cuando abandonó la práctica de los deportes y ejercicio físico gimnástico. Fue a partir de aquella crisis que le llevó a destrozar locamente una valiosísima colección de porcelanas

chinas. Pareció recuperarse en seguida, pero era una impresión ficticia: desde entonces Taburani olvidó toda actividad física. Descubrí que bebía exageradamente y traté de evitarlo, pero todo fue inútil. Mark no sólo no progresaba ya, sino que evidentemente experimentaba una regresión. Su psicopatía se tornó más profunda.

Los ojos de Douglas Brando chispearon.

—Con tus mismas palabras podría describirse la evolución de Jack Ironwood: durante los primeros meses me hizo concebir la esperanza de que acabaría curándose por completo, pero hace poco más de tres meses sufrió una crisis y prendió fuego a su colección de automóviles de época, después de rociarlos de gasolina dentro del galpón que le servía de garaje. Una pérdida de más de seiscientos mil dólares —declaro

El doctor Brando, moviendo lentamente la cabeza de izquierda a derecha.

El camarero volvió con su carrito y les sirvió una pieza de fragante asado. Demostrando un excelente apetito, Brando atacó inmediatamente la carne asada, guarnecida con una finísima ensalada.

Comieron en silencio, regando el yantar con una botella de vino tinto que el camarero había servido sobre la mesa.

De repente, McCuster alzó la cabeza y miró a su colega

—Algo extraño debió ocurrir allá arriba —dijo. Y señaló hacia las alturas con su tenedor.

—Sí, pero ¿qué exactamente? —exclamó su interlocutor— Me he estrujado la cabeza pensando en ello. E incluso traté de obtener alguna confidencia de Ironwood. Pero mi paciente se encerraba sistemáticamente en sí mismo cada vez que le insinuaba el tema.

Con evidente satisfacción tornó a dedicarse a trinchar su asado en porciones regulares. Cuando dio cuenta de lo que contenía su plato, volvió a llenarse su copa, bebió y apoyó ambas manos sobre el borde de la mesa.

—Jack Ironwood comenzó recientemente a experimentar lo que cualquier psiquiatra experto describiría como alucinaciones. O tal vez fueran simples manías.

—¿A qué te refieres? —inquirió, quien lamentablemente dedicaba escasa atención al atractivo menú.
—Comenzó a sufrir pesadillas. En una de las sesiones de psicoanálisis se quedó dormido —dijo Brando, admirado—. Decidí dejarle descansar, pero mientras dormía comenzó a delirar en voz alta. «¡Malditos, malditos, marchaos ya!» gritaba. Se calmó un poco y finalmente decidí despertarle. Sentado sobre el diván, se restregó los ojos furiosamente y me miro. Dijo: «No, no quiero tener esa clase de hijos.» Su declaración fue tan sorprendente que de momento fui incapaz de reaccionar, pero cuando le pregunté a qué hijos se refería cayó en un profundo hermetismo. Además —añadió—, se da la circunstancia de que Ironwood es soltero y por cierto, poco inclinado a las aventuras con mujeres. Así que me quedé de una pieza, como puedes comprender McCuster reflexionó sobre el significado de aquella confidencia. ¿No coincidía con los delirios de Mark Taburani?
El camarero depositó en la mesa una jugosa *mousse* dé espárragos con pequeños salmonetes. Mientras Brando comía con insaciable apetito, McCuster recordó de pronto algo que le intrigaba. Y planteó su inquietud a su colega.
—Antes dijiste que habías comprobado que nueve cosmonautas estaban confiados a otros tantos psiquiatras. Pero los componentes del programa «ARCADY-2600» eran diez. ¿Dónde está el décimo? —planteó.
Brando no respondió hasta dar cuenta de sus salmonetes. Se enjugó los labios con la servilleta, volvió a servirse vino y bebió. Una sonrisa beatífica se extendió en sus labios carnosos.
—¿El décimo? No existe —respondió.
—No entiendo lo que quieres decir.
—Hasta hace unas tres semanas no logré comprobarlo —dijo Brando, después de encender parsimoniosamente un habano, aunque aún restaban los postres—. Anteriormente, yo me había puesto en contacto con el doctor Andrew Pollard psiquiatra que residía en Boston. Le insinué que él podría estar dirigiendo el tratamiento psiquiátrico del cosmonauta Gerry Stevens, e incluso le di a entender que yo tenía un encargo semejante.

Pero Pollard se cerró en banda y negó repetidas veces que tuviera relación con ninguno de los hombres del programa «ARCADY-2600». Pero algo en el tono de su voz me indujo a sospechar que mi decisión de llamar a Pollard había sido certera. Sin embargo, no me sentí con autoridad suficiente para insistir, por lo que me disculpe con él y no volví a intentarlo. Hasta que hace poco menos de un mes...
—¿Qué? —susurró McCuster, con impaciente avidez.
—Recibí el aviso de una comunicación telefónica de larga distancia procedente de Boston. Yo no estaba junto al teléfono cuyo número había facilitado previsoramente al doctor Pollard cuando él me llamó por primera vez. Pero mi contestador automático registró sucesivas llamadas de Pollard a lo largo del día, hasta que finalmente llegué a casa hacia las nueve de la noche, en que el teléfono volvió a sonar.
La voz de Pollard tenía un acento de urgencia evidente.
—Me confesó que, en efecto, había tratado a Gerry Stevens Y se disculpo conmigo haber ocultado tal certidumbre. Invocó que los jefes del Pentágono le habían impuesto el secreto...
—Lo que no acabo de entender —medió McCuster, expectante — es por qué, finalmente se decidió a confiarse a ti.
Brando lanzó una serie de anillos de humo por encima de la cabeza de su interlocutor.
—Creéme, Lester: Pollard tenía motivos para abrirme su corazón —respondió, pronunciando lentamente cada palabra, consciente de que McCuster se sentía como sobre ascuas.
—Bien, ¿qué te dijo? —clamó Lester, al borde de la paciencia.
—Gerry Stevens sufría durante las últimas semanas terribles alucinaciones. Soñaba que una mujer llamada Khalia...
—¡Sigue! —exclamó McCuster imperiosamente.
Pero a Brando le encantaba prolongar el suspense. Sonrió, displicente, tornó a enviar sus aros de humo a las alturas, y añadió:
—Es curioso. Jack Ironwood también pronunció varias veces ese misterioso nombre: Khalia. O, para ser exacto, no lo pronunció sino que lo escribió. Sucedió en una de nuestras entrevistas, celebradas en mi consultorio. Propuse a Ironwood

una prueba que tú ya conoces, consistente en que el paciente, previamente distendido y relajado, escriba o dibuje sobre una hoja de papel todo aquello que se le ocurra...
—Pero dices que Gerry Stevens soñaba con una mujer llamada Khalia —invocó McCuster, muy nervioso e impaciente.
—A ello iba. Durante la prueba que sometí a Ironwood, éste atravesaba una fase de locuacidad y optimismo increíble. En su hoja diseñó algunas imágenes abstractas, difíciles de comprender, pero algo que escribió hasta una docena de veces era perfectamente inteligible. Una sola palabra: Khalia. Ocurrió algo que me preocupó. Cuando pregunté a Jack quién era Khalia, mi paciente sufrió un cambio impresionante. Palideció, murmuró algo entre dientes y se sumió en un mutismo absoluto, hasta que, observando que su actitud catetónica iba en aumento, decidí terminar la sesión y llevarle a su casa en mi propio automóvil.
McCuster dejó escapar un prolongado suspiro.
—Bien —resopló—. Y ahora, Doug, ¿quieres explicarme en qué consistía el delirio de Gerry Stevens relacionando con esa fascinante Khalia?
—Desde luego —respondió Brando, con la beatitud propia de quien ha llenado concienzudamente su estómago y comienza una digestión placentera—. El doctor Pollard me dijo que Gerry Stevens sufría pesadillas en las que solía atormentarle una mujer a la que llamaba Khalia la Roja.
—¿La Roja? ¿Por qué?
Brando se encogió de hombros.
—Lo ignoro —contestó—. Pollard acudió una noche al domicilio de Stevens avisado urgentemente por la esposa del cosmonauta. El hombre se debatía en el lecho furiosamente y chillaba como si lo estuvieran asando vivo, aunque parecía dormido, pues sus párpados estaban firmemente apretados. Viéndole tan excitado, el doctor Pollard se apresuró a inyectarle un sedante.
—¿Y...?
—La droga no causó el efecto deseado, pues el pobre hombre siguió debatiéndose en el lecho como si todos los demonios del

infierno estuvieran atormentándole. De vez en cuando, Stevens se llevaba ambas manos a la espalda y se rascaba tan violentamente que sus uñas destrozaron la tela del pijama, que se mancho de sangre de los profundos arañazos.
Brando relató que temiendo que se hiciera un daño aún más grave, el doctor Pollard decidió maniatar sus manos a la espalda, para lo que se vio obligado a pedir ayuda a la señora Stevens, ya que el cosmonauta parecía irreducible.
—Una vez hubieron conseguido atarle, Pollard examinó la ensangrentada espalda de Gerry Stevens y halló que todo el dorso estaba cubierto de bultos que parecían quistes. Los palpó y advirtió su especial dureza. «Más que quistes serosos, se diría que eran bolas de acero insertadas bajo la piel», fueron exactamente las palabras del doctor Pollard.
McCuster quedó profundamente impresionado por aquella confidencia.
—¿Y qué hizo?
—Era de madrugada y lo único que cabía hacer, de momento, era inyectar nuevamente al paciente, hasta dormirlo. Eso fue lo que hizo Pollard. Poco a poco, Gerry Stevens fue calmándose hasta quedar tranquilo por completo. Pollard decidió que su estado no era crítico. Se limito a limpiar y desinfectar los arañazos de la espalda del paciente, aunque en aquel momento tomó la decisión de averiguar al día siguiente la naturaleza de los extraños bultos que podían palparse en la espalda de Stevens.
McCuster se mordió los labios, ávido de saber.
—Bien. Y ¿qué eran aquellos bultos? —preguntó.
Brando entrelazó ambas manos sobre el abdomen.
—Pollard no logró averiguarlo, porqué esa misma madrugada despertó y (según imagina nuestro colega de Boston), con la mayor tranquilidad pidió a su esposa que le desatase, pues se sentía hambriento. La mujer debió obedecerle y Stevens abandonó la alcoba, descendió al garaje y volvió poco después con un bidón de gasolina. Su esposa, fatigada por las prolongadas vigilias de las últimas noches, se había quedado profundamente dormida. Stevens no la despertó. Se tendió

junto a ella y luego regó a su mujer de gasolina y empapó concienzudamente el colchón y las ropas. El resto del combustible lo empleó en impregnarse a sí mismo. Seguidamente debió encender el mechero y...
Lester McCuster se retiró de la mesa, vivamente impresionado.
—«Me enteré del suceso a la mañana siguiente, cuando marqué el número de teléfono de los Stevens y advertí que no había línea. Cogí el coche y me trasladé en seguida a su domicilio. Todavía estaban en la calle algunos coches de bomberos; cerca de lo que había sido la magnífica residencia del matrimonio. No quedaban sino muros calcinados, hierros retorcidos y cenizas. Un policía esbozó la hipótesis que acabo de exponerle para explicar la muerte de Stevens y su esposa», relató el doctor Pollard en su larga conversación telefónica.
Brando probó un sorbo de vino, aunque con evidente desgana.
—Los dos cadáveres estaban completamente calcinados, a pesar de lo cual el doctor Pollard insistió en que al menos a Gerry se le practicase la autopsia. Pero el general Crookston se rió de él cuando le habló de los bultos que Stevens tenía en la espalda. Resumiendo, las autoridades militares echaron tierra sobre el asunto. Y si Pollard se decidió a hablar claro conmigo fue, sencillamente, porque se sentía rabioso e impotente. El sabía que había algo de misterioso, de oscuro y fuera de lo común en el caso de Gerry Stevens. Pero todos sus esfuerzos por desentrañar el enigma se estrellaron contra el inexpugnable muro del Pentágono —terminó su relato el doctor Brando.
Callaron y fumaron durante largo rato. El camarero les había servido postres variados, pero ninguno de los dos médicos había tocado los platos.
Al cabo, McCuster tornó su atención a Brando y dijo lentamente:
—Naturalmente, tú supones que los restantes cosmonautas puede ocurrirles algo semejante a lo de Gerry Stevens...
—Y tú estás pensando lo mismo —repuso su colega, señalándole con la mano extendida—. No te atreverás a negarlo.
—No —pronunció McCuster, fatigado—. En realidad, temo que

todos acaben corriendo la misma suerte que Stevens.
Y en lo que hace a mí voy a hacer todo lo posible por impedir que Mark Taburani acabe consigo mismo de forma tan dramática.
—Estoy de acuerdo. Y ¿sabes una cosa? Me preocupan esos síntomas de los hombres confiados a nuestra custodia; me refiero a esos picores y malestares en la espalda. Te prometo que en cuando vuelva a Dallas someteré a Jack Ironwood a un reconocimiento exhaustivo.
—Yo también pensaba en algo parecido —concordó McCuster —, Nos mantendremos en contacto, ¿verdad?
—Desde luego —asintió el psiquiatra de Dallas—, Intercambiaremos nuestras observaciones sobre Taburani e Ironvvood. Y si es posible nos comunicaremos también con los otros psiquiatras.
—Sí, es lo justo. Por encima de todos los secretos del Pentágono —respondió Lester McCuster.

* * *

McCuster se agitó de un respingo cuando Jenny Brown advirtió por segunda vez:
—Bajo a almorzar, doctor. Estaré de vuelta dentro de una hora.
La muchacha estaba en la puerta, vestida ya con su ropa de calle. Contra su costumbre, había penetrado en su despacho sin llamar. O quizá McCuster estaba tan abstraído en sus pensamientos que ni siquiera había escuchado los repetidos golpes sobre la puerta.
Con un suspiro, Lester reaccionó.
—Perfectamente, Jenny. Yo también bajaré a tomar algo. Hasta luego.
Cuando quedó solo nuevamente, Lester recordó que cuando volvió del simposio celebrado en San Francisco lo primero que hizo en la ciudad fue acompañar a Mark Taburani a la Clínica Fleming. Allí, el famoso dermatólogo doctor Kinaw había sometido al cosmonauta a un examen completo que duró toda una jornada. Cuando Kinaw terminó con su paciente, telefoneó

a McCuster:
—Puedes estar tranquilo, Lester. Mark Taburani no padece ninguna enfermedad cutánea —informó.
Pero algún tiempo después, Taburani volvió a quejarse de molestias y picores insufribles en la espalda.

CAPÍTULO VII

En la voz del general había un trémolo de impaciencia.
—¡No, no, no! Aún no lo han encontrado. Sin embargo, acabarán por hallarlo, se esconda donde se esconda. Por favor, doctor McCuster, no vuelva a llamarme: estoy muy ocupado con este y otros asuntos. Si se produce alguna novedad, le llamaré inmediatamente —pronunció, marcando cuidadosamente cada palabra, lo que de mostraba que Crookston estaba esforzándose en mantener una postura correcta.
—Está bien, esperaré —dijo McCuster. Y colgó.
Consultó de reojo su reloj digital: eran las seis y media de la tarde. Habían transcurrido treinta minutos desde que terminara su consulta y despidiera a Jenny Brown hasta el próximo lunes, pues era la tarde del viernes y se aproximaba el fin de semana.
Había llamado tres veces al general Crookston, sin ningún resultado positivo. El general le había asegurado que tenía tras las huellas de Mark Taburani a un escogido grupo de hombres del servicio de inteligencia militar, expertos en dar con el paradero de personas desaparecidas. Pero habían transcurrido muchas horas desde que hablara por última vez con Taburani y los militares aún no habían conseguido nada positivo.
También había llamado por teléfono a Joyce Taburani.
—No podía sospechar que Mark estuviera a punto de sufrir otra crisis —dijo a la atribulada mujer—. Su esposo faltó ayer a mi consulta, por eso decidí llamarla por teléfono. Parecía desesperado. Me confesó que... Bueno, que la había enviado a usted con los suyos.
—¡Oh, sí! Fue horrible —sollozó la señora Taburani, incapaz de

disimular la angustia que le embargaba—. Sucedió que... Pero no me atrevo a hablar de esto por teléfono.
—¿Tiene inconveniente en que vaya a visitarla? No la molestare mucho.
—Al contrario, estoy deseando hablar con usted —respondió con un trémolo de ansiedad—. Verá, doctor: necesito desahogarme con alguien. Usted nos conoce y sé que estima sinceramente a Mark.
—No lo dude. Les tengo en gran estima a los dos —dijo el psiquiatra. En realidad sentía por Joyce Taburani algo más que simpatía y admiración, pero no hubiera resultado correcto expresarse con toda franqueza.
—Gracias, doctor. Le hemos considerado un amigo desde que nos conocimos. ¿A qué hora vendrá? —preguntó la señora Taburani.
—¿Qué le parece de seis y media a siete? Creo que para esa hora habré terminado mi consulta del edificio Price.
—Muy bien. Le estaré esperando.
—De acuerdo. Ahora... Bien, aún no le he dicho lo más importante: Mark ha desaparecido —declaró McCuster.
Sucedió un silencio. El médico pudo escuchar perfectamente la agitada respiración de la señora Taburani.
Al fin, Lester escuchó su insegura voz:
—¡Me lo imaginaba! Estaba temiendo algo semejante. A lo largo de la última semana ha venido mostrándose irascible, inquieto, intratable... Dígame, doctor. ¿Qué puede hacerse? —inquirió con un deje desesperado.
—Todo lo que podía hacerse se ha hecho ya. —McCuster le explicó en pocas palabras que había comunicado al general Crookston la desaparición de Taburani—. Creo que no hay que preocuparse por anticipado. Es posible que Mark vuelva a casa cuando se canse de vagar por ahí.
—¡Ojalá! —respondió Joyce—, Pero algo me dice que las cosas no serán tan fáciles. La última vez que lo vi, Mark me pareció tan desmejorado... Parecía una persona absolutamente distinta. Para explicarlo en pocas palabras: me pareció un desconocido.

También McCuster tenía la premonición de que las cosas se complicarían. Naturalmente, se guardó muy bien de participar su augurio a la señora Taburani.
—Tenga confianza. Dentro de una hora estaré ahí.
—¿Conoce la dirección? Residencia Alston, J. F. Kennedy Boulevard, Morning Hill —indicó Joyce.
—Lo sé, he pasado en algunas ocasiones frente a esa bella casa. Hasta pronto, señora Taburani.
—Le estaré esperando, doctor —repitió la esposa del ex astronauta.
McCuster apagó las luces, salió al vestíbulo, cerró la puerta con dos vueltas de la llave, que se guardó en un bolsillo —Jenny Brown tenía un duplicado— y se metió en el ascensor.
Mientras descendía, decidió llamar por teléfono a Douglas Brando en cuanto tuviera un momento disponible. Ambos médicos habían acordado comunicarse cualquier incidencia que tuviera lugar en relación con sus pupilos, y la desaparición de Taburani, precedida por una aguda crisis depresiva, justificaba suficientemente el contacto con Brando.
Tras descender siete plantas, el rápido ascensor se detuvo en la planta del garaje. Empujó la puerta y se encontró rodeado por las tinieblas.
Se sintió un tanto perplejo, porque las luces del garaje permanecían encendidas día y noche. No había ningún servicio de vigilancia porque era innecesario: la puerta de acceso era automática y se abría y cerraba por control remoto, mediante el pequeño aparato electrónico que poseían todos los usuarios.
«Vaya, una avería», pensó mientras mantenía entreabierta la puerta del ascensor para que la luz que provenía de éste le alumbrase mientras sacaba el mechero.
Lo encontró al fin y lo encendió. Su automóvil estaba situado al otro extremo del garaje, de modo que cerró el ascensor por si alguien necesitaba utilizarlo y avanzó entre los automóviles estacionados.
Sin embargo, antes de llegar pasó junto al cuadro eléctrico adosado al muro. Dos extintores contraincendios parecían escoltar el cuadro de conexiones. Y el interruptor general de los

aparatos eléctricos del sótano-garaje estaba desconectado.
Este descubrimiento le paralizó por un momento. ¿Por qué estaba desconectado el interruptor? Sólo había dos explicaciones posibles: o se trataba de una avería general —y cuando esto tenía lugar el conserje avisaba previsoramente a todos los inquilinos y propietarios— o alguien que poseía un deplorable sentido del humor había pretendido gastar una broma de mal gusto.
Un tanto malhumorado, Lester McCuster asió el mango del interruptor y lo conectó. Inmediatamente el garaje quedó inundado con el chorro de luz que brotó de los tubos fluorescentes que colgaban del techo.
Desconcertado, McCuster dirigió una larga y desconfiada mirada a su alrededor. Sin embargo, no pudo encontrar nada sospechoso. Caminó despacio hasta el fondo del sótano, miró y remiró entre las hileras de inmóviles vehículos e incluso se agachó para mirar por debajo de los automóviles.
No conforme con esta comprobación, inspeccionó —aunque con prisas— el interior de los automóviles.
Al fin más tranquilo, se dirigió hacia el fondo del garaje donde había dejado estacionado su automóvil.
—Una estúpida broma sin sentido —masculló entre dientes.
Sacó las llaves del bolsillo del pantalón e introdujo una de ellas en la cerradura de la puerta, pues siempre tenía la precaución de dejarlo cerrado desde que, un año atrás, se lo robaron de un estacionamiento público al aire libre.
El descubrimiento de que la puerta estaba abierta no preocupó demasiado al doctor McCuster, aunque le produjo un leve estupor. Indudablemente había olvidado cerrar el coche cuando regresó de almorzar.
Pero cuando abrió la puerta del automóvil, un nuevo descubrimiento le dejó paralizado: el motor estaba en marcha.
Retrocedió dos pasos, notando que sus músculos se ponían rígidos.
Retrocedió, vigilante y comprobó que el tubo de escape vibraba casi imperceptiblemente y unas delgadas volutas de humo brotaban al exterior.

Nuevamente miró a su alrededor, desconfiado, temiendo un asalto. Pero nadie apareció ante sus ojos.

Volvió a abrir la puerta y vio que los testigos de los aparatos de medida del panel estaban encendidos, una nueva confirmación —aunque innecesaria— de que el motor de su coche estaba en marcha.

Reflexionó un momento. Era plausible que hubiera cometido el descuido de no cerrar la puerta del automóvil, pero McCuster estaba seguro de que él no había dejado el motor en marcha.

Además, tal cosa era imposible: las llaves, incluida la del contacto, estaban en su mano, y McCuster recordaba perfectamente haberlas retirado antes de descender del vehículo la última vez.

No acababa de fiarse. Ni siquiera se atrevía a introducirse dentro del automóvil, aunque, como podía comprobar de un vistazo, nadie se había escondido en su interior.

Al fin, exasperado, introdujo la cabeza y miró al panel a través del aro del volante.

¡Inaudito! No había ninguna llave en la cerradura de contacto. ¿Cómo era posible, entonces, que el motor funcionase?

Se sentía muy incómodo y se separó del coche, dio una vuelta alrededor de él y se quedó mirando de nuevo las volutas de humo casi impalpable que brotaban del tubo de escape.

«Es posible que alguien haya estado manipulando en el coche con el fin de robármelo —caviló—. No es nada difícil cortar los cables bajo el panel y obtener el clásico “puente” que permite el arranque y el encendido. Quizá cuando el ladrón se disponía a huir halló que le era imposible elevar la puerta automática y se volvió atrás de su intento, olvidándose de deshacer el “puente” y parar el motor.»

Era una explicación muy sensata. Movido por estos razonamientos, el doctor McCuster se agachó, introdujo su cabeza bajo el volante para inspeccionar la posible chapuza del ladrón...

Y en aquel momento, el motor se paró.

Supo que se había parado porque la leve trepidación cesó y se apagaron las luces—testigo del panel.

Todo estaba inmóvil y silencioso. Incluso el doctor McCuster, que durante unos segundos se sintió incapaz de reaccionar pues su cerebro había quedado en blanco.
Luego se incorporó, sacó un cigarrillo y lo encendió. Exhaló unas cuantas bocanadas y paulatinamente fue tranquilizándose.
Por supuesto, el doctor Lester McCuster no creía en fantasmas. Su mente práctica le suscitó una explicación, aunque algo confusa: el autoencendido. Sabía que algunos motores ya gastados, crían carbonilla en los cilindros, la cual se pone al rojo cuando el motor funciona. En ocasiones, incluso cortando el encendido y sacando la llave de contacto el motor sigue funcionando desigualmente, pues las partículas encendidas siguen produciendo explosiones en los cilindros.
Sólo que... su coche estaba prácticamente nuevo, pues apenas tenía un año de uso.
Pensando en todo esto, decidió que debía llevar el coche al taller en fecha próxima, con el fin de que le hicieran una revisión profunda.
Más sereno, se metió en el coche, introdujo la llave, la giró a la derecha... Y el motor arrancó en el acto. Aceleró suavemente y oyó el zumbido suave pero potente del motor.
«He de darme prisa —pensó al tiempo que colocaba la palanca del automático—. Tengo que ver a Tom Delaney antes de dirigirme a Morning Hill.»
Sacó del bolsillo de su chaqueta el delgado mando electrónico de la puerta, bajó una pequeña palanca lateral y apretó suavemente el acelerador.
El coche se puso en marcha briosamente. Pero aún no había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de la puerta automática, cuando un chorro blanquecino surgió de entre dos de los automóviles y se estampó contra el cristal parabrisas, borrándole instantáneamente la visión.
Obedeciendo a un impulso reflejo, el doctor McCuster hundió el pie en el pedal del freno y el automóvil se detuvo bruscamente con un chirrido desagradable.
Entretanto, el chorro de espuma seguía cubriendo

inexorablemente todos los cristales del automóvil, de modo que a Lester McCuster le fue absolutamente imposible averiguar quiénes eran los autores de la salvaje gamberrada.
Fuera de sí, empujó la portezuela de su lado e intentó salir, dispuesto a todo. Pero el chorro de espuma penetró silbando a través de la abertura y le obligó a cerrar los ojos.
Maldijo sordamente al notar como la viscosa espuma manchaba sus cabellos, su rostro y su traje.
En aquel momento, Lester McCuster fue consciente de que estaba inerme ante los intrusos, fueran quienes fuesen los autores del increíble ataque.
A ciegas, tiró hacia sí de la portezuela y el chorro de espuma se estrelló contra el cristal.
McCuster palpó en el guantero y encontró una bayeta, con la cual se secó apresuradamente el rostro y las manos.
El motor seguía runruneando suavemente. Súbitamente McCuster reaccionó: puso en marcha los lava-limpia-cristales y consiguió despejar un tanto la visión a través del parabrisas. Simultáneamente, aceleró y el automóvil dio un salto hacia adelante y rodó hacia la puerta automática, abierta ya.
Estuvo a punto de colisionar con una furgoneta que cruzaba por la calle en ese momento, pero el conductor del otro vehículo frenó en seco y McCuster torció el volante para salvar el obstáculo y detuvo el vehículo diez metros más allá. Seguidamente, bajó del coche y cruzó la calle.
No hizo caso dé los improperios que le dirigía el conductor de la furgoneta, ni reparó en las exclamaciones de asombro de dos señoras elegantes que se detuvieron y le miraron estupefactas cuando el doctor McCuster, completamente embadurnado de espuma contraincendios, corrió hacia la puerta del garaje. Pero la hoja de acero se había cerrado ya automáticamente.
McCuster estampó su puño contra ella varias veces, pero al cabo comprendió que su proceder era absurdo, por lo que volvió sobre sus pasos y se dirigió a la entrada principal, distante unos quince metros.
El conserje, Andrew Gibson, apenas logró reconocerle pero comprendió que bajo el manto de espuma sucia se hallaba une

de los propietarios de apartamentos del edificio Price.
—Los responsables de este estropicio deben estar todavía dentro del garaje —explicó el psiquiatra a Gibson—. ¿Quiere acompañarme, Andy?
—Por supuesto, doctor McCuster —respondió el conserje.
Y penetró en la conserjería y volvió empuñando un pequeño revólver.
Descendieron al sótano, decididos a atrapar a los intrusos, pero aunque registraron minuciosamente el amplio garaje no hallaron a nadie.
Sólo dos extintores abandonados en el suelo y el piso de hormigón cubierto de espuma lo cual ratificaban la historia que acababa de contar al conserje McCuster.
—Debieron escapar por la puerta inmediatamente después de que usted saliera con su automóvil, doctor —dedujo Gibson—. A estas alturas, es inútil tratar de perseguirles. Han tenido tiempo suficiente para escapar.
McCuster comprendió que Gibson tenía razón. Aún despotricó durante unos minutos sobre las condiciones de inseguridad del edificio, pero finalmente terminó encargando al conserje que se ocupara de que alguien llevara su coche a lavar y le pidiera un taxi, mientras el subía al apartamento contiguo a su consultorio y se aseaba sumariamente y se cambiaba de ropa.
Quince minutos después bajaba y tomaba el taxi que le aguardaba en la puerta. Aunque trató de olvidar el desagradable incidente que acababa de sufrir, no fue capaz de arrojar de sí la inquietud que los extraños sucesos del garaje habían llevado a su ánimo.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué ocurre?
El taxista acababa de frenar con tal brusquedad que McCuster se sintió violentamente proyectado contra el cristal de separación,
—No podremos seguir adelante, señor —respondió el

conductor—. Hay una barrera de policía.
McCuster inclinó la cabeza para atisbar a través del parabrisas. Vio una barrera metálica con la señal de dirección prohibida y unos agentes que conminaban al conductor a girar a la derecha.
En aquel momento dos camiones de bomberos pasaron junto al taxi haciendo ulular sus sirenas y destellando sus luces intermitentes anaranjadas.
—Debe tratarse de un incendio —dijo el taxista.
Se encontraban detenidos al inicio de la Avenida Sur que rodeaba el Lincoln Park. El lugar al que se dirigía McCuster —el caserón de Mark Taburani—, se encontraba a unos trescientos metros de distancia, todavía oculta su mole por las frondas del parque.
McCuster decidió apearse allí mismo y hacer a pie los trescientos metros que le separaban del extremo este del parque.
Puso tres billetes de diez dólares en manos del taxista y advirtió:
—Bajaré aquí, pero no se aleje demasiado. Busque un lugar próximo donde aparcar. Volveré en seguida.
—Perfectamente, señor. Le estaré aguardando —respondió el conductor.
Bajó, caminó aprisa hacia el otro extremo del parque, tras rebasar la línea de la policía, que sólo impedía el paso de vehículos.
Caminaba a buen paso cuando vio surgir aquellos reflejos rojizos que coloreaban las copas de los árboles.
Apretó el paso y pronto pudo contemplar directamente las grandes llamas.
Tuvo una corazonada.
«¿Y si se tratase precisamente del caserón de Taburani?»
Poco después comprobaba que su corazonada era certera. Cuando los árboles del parque quedaron atrás, sus ojos contemplaron, asombrados, el desastre: el edificio era pasto de las llamas por los cuatro costados.
Anaranjadas lenguas de fuego brotaban de todas las ventanas,

cuyos vidrios habían reventado ya como consecuencia de la presión del aire caliente. También surgían llamas a través de la torre situada en el ángulo este.

La policía había vallado una amplia extensión alrededor de la fachada del caserón, en previsión de que se produjeran desplomes. A diez metros de distancia, los hombres del servicio contraincendios dirigían gruesos chorros de agua a través de las ventanas, de las que escapaban densas nubes de vapor.

Alguien le aferró por un brazo de improviso. McCuster se volvió, asustado, y reconoció la cara sudorosa y bonachona de Tom Delaney.

—¿Qué ha ocurrido ahí? —preguntó el psiquiatra, demudado.

—Comenzó a arder de improviso hace poco más de veinte minutos —respondió el detective—. Yo permanecía dentro de mi coche, cuando de pronto brotaron llamas a través de todas las ventanas.

—¿De todas las ventanas? Eso quiere decir que el fuego ha sido provocado —dijo McCuster.

—Desde luego. El fuego brotó al mismo tiempo de todas partes. Imagino que alguien, tal vez varias personas, se ocuparon de regar todas las dependencias con gasolina. Caso contrario el fuego no hubiera sido tan extenso y devastador —respondió Delaney.

Y añadió:

—Ya bajaba del coche para avisar a los bomberos, cuando una de las ventanas del segundo piso estalló violentamente. Sobre mi coche y otros vehículos próximos cayeron fragmentos ardientes de una persiana de plástico. A manotazos, conseguí apartarlos lejos de mi coche y los vecinos, pero los vidrios seguían estallando en mil pedazos peligrosamente y opté por introducirme en mi automóvil y llevarlo a lugar seguro. Cuando volví, varios coches ardían ya. No podía hacer nada yo solo por atajar el fuego, por lo que corrí hacia la cafetería y avisé a los bomberos, aunque tengo entendido que el dueño del negocio lo había hecho ya también —relató.

Incluso a cincuenta metros el ardor que irradiaba el incendio era insoportable, por lo que McCuster y el detective retrocedieron a

una distancia prudencial.
Un momento después se oyó un crujido potente y la torre sur del edificio se movió perceptiblemente. Los bomberos gritaron, avisando de la inminencia de su caída, que se produjo espectacularmente dos minutos después. La mole de ladrillos cayó pesadamente y destrozó la sonda verja de hierro en seis metros de extensión.
—¿Cómo pudo ocurrir? —susurró McCuster, hipnóticamente fijos sus ojos en las llamas que brotaban de las aberturas de la fachada.—Lo ignoro —contestó el gigantesco Tom Delaney—. Puedo jurarte que no me aparté más que en dos ocasiones de mi puesto de observación: a la una del mediodía para comer un par de bocadillos en la cafetería y más tarde, hacia las cinco, para tomar un café. De todas formas, no perdí en un solo instante de vista la entrada que tú me señalaste.
—¿Nadie entró ni salió?
—Absolutamente nadie —respondió Delaney.
Unas profundas arrugas se marcaron en la frente del psiquiatra.
Recordaba claramente la voz airada de Smily John, cuando gritaba dentro del salón de juego:
«¡Fuera, fuera de aquí, condenados entrometidos!... ¡Malditos, malditos! ¡Os machacaré, os deslomaré! ¡Ah, no, no, condenados gamberros, no os dejaré escapar a través de esa ventana!»
Como en una pesadilla, podía escuchar las explicaciones del autómata:
«La culpa es de los gemelos. Penetraron aquí aprovechando una distracción del señor Taburani, y comenzaron a hacer de las suyas...»
¿Era posible que, a pesar de todo, Smily John estuviera diciendo la verdad, que un par de chicos —el autómata se había referido a ellos como «los indeseables hijos del señor Taburani»— hubiera logrado penetrar subrepticiamente en la casa y organizado un terrible desaguisado, incluso... prendido fuego al edificio?
McCuster sentía la garganta seca y áspera.
«¡Dios mío, todo esto es una locura!», pensó.

Sombríos pensamientos le asaltaron. Pensó que si unos chicos eran los causantes del pavoroso incendio, lo más probable era que no hubieran tenido tiempo de huir y que, por tanto, hubieran perecido abrasados entre las candentes ruinas.

Se estremeció ante tal posibilidad.

Luego miró a Delaney y dijo:

—Imagino que estarás cansado...

Tom sonrió, animoso.

—Bueno, confieso que comenzaba a aburrirme. Pero el estallido del incendio y el alboroto posterior me han despejado completamente. —Hizo una pausa, escrutando las facciones del médico y añadió—: Supongo que ibas a pedirme que siguiera vigilando por si regresa Mark Taburani.

—Sí, por favor. Quiero que estés aquí hasta las dos o las tres de la madrugada, imagino que si Mark no ha hecho acto de presencia para entonces, es que ha decidido no volver. Incluso si se entera por la televisión o por la radio de este desastre.

—Está bien, me quedaré.

McCuster le oprimió amistosamente el brazo y dijo:

—He de irme ahora. Tengo una cita.

—Buenas noches. Lester. Pasaré un día de éstos por tu despacho para entregarte la nota.

—De acuerdo, buenas noches —se despidió el médico.

Retrocedió hasta la entrada del parque y caminó aprisa hacia el otro extremo. Sin embargo, de vez en cuando se detenía y se quedaba un instante contemplando las llamas a través de los troncos de los árboles.

Diez minutos después se introducía en el taxi que le estaba aguardando.

—Residencia Alston, J. F. Kennedy Boulevard, en Morning Hill —dijo al conductor.

A las ocho y media el taxi se detenía ante la verja que rodeaba un extenso jardín perfectamente cuidado. Un amplio camino empedrado y flanqueado por un seto recortado describía una línea atractivamente serpenteante hasta la fachada de la magnífica residencia de la familia Alston.

McCuster pagó generosamente al taxista, y se dirigió hacia la

entrada principal. Debían tener instalada una cámara de televisión a la entrada, pues la cancela se abrió sigilosamente cuando el médico se aproximó.
Caminó aprisa sobre el empedrado y al volver la primera curva divisó la esbelta silueta de Joyce Taburani, que estaba aguardándole en la puerta principal.
Ella descendió y le salió al encuentro. Al estrechar su mano, McCuster advirtió que estaba helada. Además, la palidez del semblante y sus enrojecidos ojos delataban que la señora Taburani había estado llorando.
—Siento llegar tarde —se disculpó el psiquiatra—. Algo me ha impedido llegar a...
—Imagino cuál es la causa de su retraso —le interrumpió Joyce, atajando sus disculpas—. Acaba de llamar la policía. Estoy al tanto de que nuestra casa de Lincoln Park está siendo destruida por un incendio.
McCuster se mordió los labios. Había decidido ocultar el hecho a la señora Taburani, suponiendo que aquella desagradable noticia no contribuiría precisamente a elevar su estado de ánimo.
Ahora no era preciso seguir callando.
Mientras se dirigían a la casa caminando lentamente, dijo:
—Olvidé decirle que esta mañana contraté un detective de toda confianza para que vigilara la entrada del caserón. El motivo que me animaba a tomar tal precaución era doble: evitar que alguien pudiera desvalijar la casa mientras lograba entrevistarme con usted, por una parte, y mantener a alguien de confianza allí en previsión de que Mark regresase.
—¿Aún no hay ninguna noticia de Mark? —preguntó la joven, sin poder evitar que sus labios temblaran.
A McCuster se le formó un nudo en la garganta al captar la desesperación que latía en las palabras de la señora Taburani. Por encima de todo, aquella mujer amaba a su esposo apasionadamente.
—Aún no —respondió el médico. Y en seguida trató de quitar importancia a sus negativas palabras—: Pero eso nada significa; aparecerá en cualquier momento, ya verá. Cuando

eso ocurra me ocuparé inmediatamente de él. Si es necesario le hospitalizaremos hasta que esté recuperado por completo.
Pero Joyce no pudo impedir un sollozo estrangulado.
—¡Dios mío! Temo que Mark cometa una locura irreparable.
Se había detenido y lloraba ya sin contenerse. Sus hombros se estremecían al compás de los sollozos.
Parecía tan desvalida ahora, a pesar de su majestuoso empaque, que McCuster no pudo sustraerse a la tentación de pasar su brazo por encima de los hombros femeninos. Los oprimió levemente y susurró:
—¡Vamos, vamos, Joyce! No es sensato anticiparse a los acontecimientos Tranquilícese. Todo se solucionará. Por mi parte, le prometo que haré todo lo posible por ayudar a su esposo.
Puso un pañuelo impecable en sus manos y ella se enjugó las lágrimas que brotaban abundantes de sus ojos.
Poco a poco, la señora Taburani se fue calmando. Los sollozos se apaciguaron y finalmente ella alzó la mirada.
—Lo... lo siento, doctor McCuster. Nunca... nunca imaginé que me dejaría ganar por la debilidad. Le ruego que me disculpe —murmuró, mirándole con agradecimiento.
—No tengo nada que disculpar. Y, por favor, olvídese del protocolario «doctor McCuster» y llámeme Lester simplemente.
El psiquiatra retiró suavemente el brazo con el que la había mantenido abrazada, aunque en verdad le producía una agradabilísima sensación abarcarla por encima de los finos hombros.
—¿Quiere que entremos o prefiere que charlemos mientras damos un paseo a lo largo de este magnifico jardín? —dijo McCuster.
—Si no le importa, prefiero que paseemos por el jardín —respondió. Y tras una breve indecisión—: Verá, Lester: no quiero que mis padres me vean así, con los ojos húmedos y la nariz enrojecida. Ellos son ya ancianos y mi padre sufrió hace unos años un infarto, por lo que me esfuerzo al máximo en ahorrarle preocupaciones. Papá... mis padres ignoran que Mark está atravesando una crisis. Cuando vine aquí el martes

pasado, dije a mis padres que Mark estaba cazando en compañía de unos amigos en nuestro coto de Canyon Forest, y ellos lo creyeron porque Mark solía pasar todos los fines de semana allí. Si ahora les dijera la verdad estoy segura de que mi padre se pondría enfermo, pues es una persona excesivamente sensible. Y en tales circunstancias, prefiero...

—Comprendo: Vamos a pasear. Es un verdadero parque, Joyce —exclamó McCuster, enfilando el caminillo perfectamente iluminado que llevaba hacia un próximo bosquecillo de abetos—. Debe costar mucho dinero mantener una propiedad así.

—El dinero no es problema para los Alston —dijo ella, procurando amoldar su paso al rápido caminar de McCuster—. Mis padres heredaron esta propiedad de mis abuelos y ellos, a su vez, de mis bisabuelos. Cada una de las generaciones fue añadiendo algo nuevo a lo que los demás habían construido. Me gusta mucho esta residencia. Aquí viví mi infancia, mi adolescencia y mi juventud. Es curioso —dijo, deteniéndose de pronto—, al otro lado de la verja conocí a Mark Taburani.

—¿Es posible? —comentó McCuster, con toda la cortesía del mundo.

—Sí. Era el anochecer. Yo había salido a dar un paseo poco después de cenar y me acerqué a la verja. Al otro lado divisé un automóvil que arrojaba tufaradas de humo por el radiador. Me acerqué y vi a Mark, que había levantado la tapa del motor y contemplaba éste lleno de estupor. Después supe que aquel automóvil, un verdadero «prototipo» según dijo él, lo había construido reuniendo diversas partes de otros vehículos. Había adaptado un viejo motor Dodge al sistema de inyección y obtenido soberbios resultados, pero no se detuvo demasiado en adaptar el circuito de refrigeración, de modo que el vapor que surgía con fuerza silbando del radiador era el resultado de tal imprevisión. Tenía un entusiasmo infinito y jamás se desilusionaba al sufrir algún revés...

Volvió a caminar despacio, se volvió a McCuster y sonrió.

—Me enamoré de él desde el primer momento. Era un muchacho lleno de vigor, de ansias de hacer cosas y de

conocerlo todo. Entonces formaba parte ya de un equipo de la NASA, aunque aún no había sido designado para formar parte de ninguna misión trascendente —recordó, y una sonrisa se insinuó en sus carnosos labios—. Confieso que me enamoré perdidamente de él, aunque supongo que ello no sólo se debió a que Mark era un joven muy apuesto, creo que también influyó mucho la aureola de héroe que rodea a todos los cosmonautas.
—¿Se casaron inmediatamente? —preguntó McCuster.
—¡Oh, no! Debieron transcurrir ocho meses antes de que los jefes de la NASA dieran su aprobación. Según Mark, en la NASA preferían que nuestro matrimonio se pospusiera hasta después de cumplirse la misión para la que Mark había sido ya seleccionado. Entonces ni él mismo sabía cuál era aquella misión, que resultó ser el programa «ARCADY-2600». Pero sí, nos casamos y fuimos muy felices hasta que la astronave experimental emprendió su viaje al espacio.
Para Joyce, la misión a realizar por su esposo no suponía otro trauma que la prolongada separación del hombre que amaba.
—No temía por él, pues la seguridad primaba por encima de todo en los programas de la NASA. Mark estaba ilusionado y yo deseaba verle convertido en una celebridad. Todos estos sueños se vieron cumplidos, pero desgraciadamente el carácter de Mark ya no era el mismo cuando el programa «ARCADY-2600» tocó a su fin. No necesito insistir sobre el cambio de mi esposo, Lester, pues usted mismo es testigo de ello. Se volvió intranquilo, huraño, violento. Parecía eternamente atormentado por algún motivo que jamás quiso confesarme. Yo sabía que allá arriba debió ocurrir algo inquietante. Me esforzaba en ganarme la confianza de Mark, pero él se enfurecía cuando yo suscitaba la cuestión. Otro cambio trascendental se operó en él.
—¿Cuál? —preguntó McCuster con avidez.
—De común acuerdo, habíamos acordado que nuestros hijos nacerían cuando él regresara del espacio —dijo Joyce, mirando fugazmente a su acompañante—. Pues bien: cuando regresó, Mark se opuso a tener descendencia, hasta el punto de obligarme a ingerir anticonceptivos. Su actitud me produjo la

desilusión que puede imaginarse. Por lo demás, jamás conseguí de él una explicación al respecto.
—Es extraño —comentó el psiquiatra.
—Sí. Todo cambió cuando él volvió del Cosmos. Incluso parecía un extraño. Apenas teníamos vida íntima, pues él se entregó a las exigencias de la fama y se dejó llevar por su vorágine: conferencias, simposios, largos viajes... Para entonces, ya Mark comenzaba a dar muestras de inestabilidad mental. Poco después usted comenzó su tratamiento. Pero vivir junto a mi esposo se convirtió en una alarma constante. Hasta que finalmente...
—Siga, por favor —rogó McCuster al comprobar que la señora Taburani callaba.
—La semana pasada sorprendí a Mark en su taller *hablando consigo mismo* —susurró.
—¿Qué decía?
—Apenas pude entenderlo. Más que hablar, gruñía. Le oí pronunciar maldiciones y blasfemias, palabrotas que jamás había escuchado de sus labios. Me impresioné vivamente al volver a oír ese extraño nombre: Khalia. Entre las frases que conseguí entender, oí: «¡Te maldigo con toda mi alma, Khalia, engendro de Satanás!»
Asustada, Joyce decidió abandonar el taller sin hacerse notar, pero al retroceder arrojó al suelo una de las herramientas que había sobre un banco de trabajo.
—Mark se volvió de un salto y me miró. ¡Dios mío, qué expresión tan terrible la suya! Sus ojos brillaban con fulgor febril y sus facciones aparecían demacradas y teñidas de un tono ceniciento muy desagradable. En la mirada de Mark había tanto odio que un escalofrío de terror me agitó violentamente. «¿Qué hacías?», me gritó, «¿Has estado espiándome?» Vino hacia mí, me tomó por los hombros salvajemente y me zarandeó hasta que creí desvanecerme. Entonces Mark me soltó y volvió al banco donde estaba trabajando.
Al atardecer, él se reunió con su esposa y le pidió perdón. «Lo siento infinitamente, amor mío. Creo que... sufrí un acceso de ira incontrolado. Mis nervios están a flor de piel... ¿Podrás

perdonarme?»
—Le acaricié y le consolé, pues parecía profundamente afectado —continuó su relato la señora Taburani—, Y le hice prometer que al día siguiente consultaría con usted y le contaría cuanto le estaba ocurriendo, todo aquello que le perturbaba hasta enloquecer. Pero esa misma noche ocurrió algo horrible.
McCuster detuvo sus pasos y miró a la bella mujer con atención.
—Mark parecía tranquilo y sereno cuando nos sentamos a la mesa para cenar. Ya sabe que últimamente mi esposo había perdido el apetito, por lo que yo me esforzaba en prepararle menús ligeros pero lo más atractivos posible. Cenó bastante bien y de vez en cuando me miraba intensamente y me oprimía una mano con cariño, como si quisiera compensarme por su violentísima reacción de aquella misma tarde en su taller. Estuvimos viendo un rato la televisión, pero Mark parecía absolutamente ausente.
Se fueron a la cama poco después de la medianoche. Mark se quedó dormido en seguida y ello influyó benéficamente en Joyce, que también se dejó rendir por el sueño a los pocos minutos.
Al llegar aquí; la señora Taburani vaciló.
—Bien, ¿qué ocurrió? —la animó McCuster.
—Mmmm... Siento un poco de pudor al hablar de esto, pero imagino que es preciso que usted lo sepa todo —dijo, ruborosa.
—Adelante.
—De madrugada, desperté sin brusquedad. Mark me estaba besando turbadoramente y sus manos me acariciaban íntimamente. Me... había desprovisto de mis prendas íntimas y, muy excitado se colocó sobre mí. Y en aquel momento comenzó el horror: de improviso exhaló un grito penetrante y su cuerpo entero se envaró hasta tornarse rígido por completo. Quise alargar una mano y encender la luz, pero él me lo impidió brutalmente...
Antes de que ella lograse reaccionar, las manos engaritadas de su esposo abarcaban como un dogal de acero el cuello de Joyce.

—Gritaba como un energúmero: «¡No, maldita zorra! ¡No volveré a caer en la trampa, súcubo diabólico! Antes... ¡antes te mataré!» Y apretaba con tanta fuerza mi cuello que sentí un vahído. Mis sienes comenzaron a zumbar y yo me debatía bajo su peso desesperadamente, intentando llenar mis pulmones de aire. Pero me resultaba imposible gritar mi angustia y mi dolorosa sorpresa, a pesar de que Mark había adelgazado mucho en las últimas semanas hasta el extremo de perder doce kilos de peso.
Joyce se sintió morir. Comprendió que en unos segundos más sus fuerzas la abandonarían y dejaría de moverse, poco antes de que le llegase la muerte.
—De repente quedé inmóvil, consciente de que debía defender mi vida como fuera. Alargué el brazo derecho y palpé el relieve familiar del teléfono. Lo aferré y golpeé con él a mi esposo en la cabeza. Al principio, los golpes no causaron el menor efecto, pero insistí e insistí, hasta que súbitamente él se retiró un poco y sus manos dejaron de apretar mi cuello...
Joyce llenó sus pulmones de oxígeno, tosió y se debatió con violencia para librarse del cuerpo de Mark, mientras éste murmuraba enloquecido: «¡Joyce, querida, ¿cómo he podido llegar a atentar contra tu vida?!»
La señora Taburani saltó fuera de la cama y encendió las luces. Cuando Mark se acercó a ella, Joyce retrocedió, horrorizada.
—Creí que intentaría estrangularme de nuevo, pero Mark se dejó caer sobre el lecho, ocultó su rostro y gritó patéticamente: «¡Dios mío, he estado a un paso dé asesinar a mi propia esposa!» Temblaba como un niño y seguía recriminándose con ardientes palabras. De pronto comprendí que Mark no era consciente de sus actos cuando comenzó a acariciarme e intentó poseerme. Y tampoco era consciente cuando sus manos se aferraron a mi cuello. Deduje que todo había sido producto de una atroz pesadilla...
Se habían detenido al borde del alto seto que limitaba la finca. La suave brisa que soplaba del sur trajo hasta ellos el eco de una música rítmica, mezclada con el rumor de voces animadas. Al parecer, en alguna de las residencias próximas estaban

celebrando una fiesta.
Pero Lester McCuster estaba prendido en el relato de Joyce Taburani y, como ella permaneciera en silencio durante unos minutos, la instó a continuar:
—Usted cree que Mark estaba dormido cuando la atacó...
—¡Sí! Yo no sé si esa Khalia existe realmente, pero Mark no quiso matarme a mí, sino a ella, como sus excitadas frases demuestran. Ahora, estos recuerdos sólo sirven para inquietarme, pero en aquel momento yo apenas pude ver que mi esposo me necesitaba desesperadamente. Temblaba como un niño y sollozaba sin cesar. «¡Dios santo!, ¿cómo he podido llegar a intentar...?» Venciendo mi miedo, me acerqué a él y procuré calmarle. Sólo lo conseguí después de obligarle a tragar un par de píldoras sedantes de las que usted le había recetado. Al cabo, se quedó dormido, completamente exhausto. Debía tener los nervios a flor de piel, pues se estremecía de vez en cuando y unas vibraciones intermitentes recorrían su epidermis.
Completamente desvelada y dispuesta a vigilar el descanso de su esposo, Joyce acariciaba amorosamente su espalda, ansiosa por conseguir que Mark se relajase por completo.
—Fue entonces cuando palpé aquellos bultos bajo su piel...
McCuster se detuvo rígidamente y tomó a la mujer por un brazo.
—¿Bultos? ¿Qué clase dé bultos? —inquirió con gran avidez.
—Bultos esféricos, muy duros. Los había de varios tamaños, desde diminutos, casi impalpables hasta uno de tamaño de una pequeña naranja mandarina. Toda la espalda, hasta la región lumbar, estaba llena de ellos. Alarmada fui contándolos y comprobé que había más de treinta. Encendí la discreta lámpara de la mesilla y examiné su espalda. El bulto más grueso estaba cubierto por la piel amoratada. Creí que aquello era una especie de ántrax[2] a punto de reventar. Lo mas extraño es que al palparlo atentamente, me pareció percibir una vibración latente que surgía de debajo de la enrojecida piel.
—¿Cómo es que no me avisó urgentemente?
—Por el momento, lo único que me interesaba era que Mark

descansase. Pero a la mañana siguiente él me indicó severamente que debía marcharme a vivir con mis padres, al menos por una temporada. De nada valieron mis ruegos. Parecía muy dueño de sí mismo, aunque hermético y distante. Dijo: «Atravieso un momento especialmente difícil, querida Joyce. Mis nervios están tensos como cuerdas de guitarra y temo que no pueda controlar mis reacciones a partir de ahora. Ya sabes lo que ocurrió anoche... Por tanto, es mejor que nos separemos hasta que yo logre superar esta crisis.» Le dije que lo que había que hacer era ponerse al habla con usted. «Eso es precisamente lo que pienso hacer. Vete. Yo te avisaré cuando puedas volver.» No tuve más remedio que obedecerle: él no hubiera aceptado que yo me opusiera a su determinante decisión.

Suspiró y añadió en un susurro:

—Ahora creo que nunca debí separarme de él. Pero debo confesar que aquella mañana aún estaba fresco en mi memoria el recuerdo de lo sucedido la noche anterior. Tuve miedo, fui cobarde y me plegué a sus exigencias. Ahora...

De nuevo volvió a sollozar, pero ella misma se impuso a sus emociones con un gran esfuerzo de voluntad.

Emocionado, McCuster tomó sus manos y las oprimió con dulzura. Comprobó que a pesar de que la noche era calurosa los dedos de Joyce Taburani estaban yertos de frío.

Ante aquel gesto, los nervios de la mujer estallaron. Sin poder contener las lágrimas ya, se abrazó al médico y apoyó su frente en el pecho masculino.

—¡Oh, Lester, me siento al borde de mis fuerzas! —sollozó, temblorosa—. Durante todos estos días he disimulado ante mis padres, pero temo que en adelante me resulte, imposible. ¡Estoy tan preocupada por la suerte de Mark, por toda esta horrible pesadilla! Dígame, Lester, ¿qué podría hacer yo?

McCuster la oprimió ligeramente contra sí. Le llegaba a oleadas el perfume que impregnaba la piel de la mujer que tenía entre sus brazos y en aquel momento nada hubiera deseado más fervientemente que besarla en la boca y murmurar palabras de consuelo.

Pero comprendió que estaba aprovechándose de la situación y aflojó su abrazo.
—Sólo confiar en mí, Joyce. Confía en mí, yo me ocuparé de todo —dijo.
Ella se separó ligeramente y McCuster contempló durante un momento sus bellísimos ojos, brillantes ahora de lágrimas.
—Vamos, te acompañaré hasta tu casa. Ahora debo marcharme. Pero prometo que te mantendré informada de cualquier novedad que se produzca. —Y repitió con voz cálida —: Confía en mí.

CAPÍTULO IX

Permanecer soltero tiene sus ventajas. Por ejemplo, un soltero no está sujeto a horarios determinados, aparte de la actividad profesional. Al célibe no le espera una esposa airada en casa, empuñando a la espalda el clásico rodillo de amasar, ni tiene que dar cuenta de sus actos sino a sí mismo. Los hombres independientes pueden llegar a su casa de madrugada sin tener que hacerse recriminación alguna.
Ah, pero la soltería también tiene sus desventajas: como la de alimentarse muy a menudo a base de bocadillos. Un soltero no tiene que compartir su apartamento con nadie, ni discutir sobre el programa de televisión a elegir, pero cuando llegan las silenciosas horas de la madrugada un soltero siente de forma muy especial la soledad de un piso soltero, aunque sea tan confortable como el de Lester McCuster.
Se había despedido de Joyce Taburani a las diez y media de la noche. La señora Taburani había insistido en que el chofer de sus padres le llevase al centro de regreso, pero el médico prefirió hacer venir un taxi.
A las once se reunía con Tom Delaney en Lincoln Park. Para entonces, el incendio del caserón de los Taburani había sido extinguido por los bomberos, aunque aún quedaba de guardia un retén por si volvía a surgir algún foco aislado.
La perspectiva no podía ser más sombría: del soberbio y sólido

edificio sólo quedaban en pie los muros maestros, aunque parcialmente derruidos y calcinados.
McCuster estuvo contemplando aquel desastre durante unos minutos. Pensó que, con toda probabilidad, Mark Taburani habría tenido la precaución de asegurar el edificio y sus valiosos muebles, enseres y reliquias del pasado, por lo que la empresa aseguradora le compensaría económicamente de aquella pérdida.
En cuanto a Joyce, había sido tajante en su comentario:
«No me importa que el caserón haya sido destruido por el fuego. En realidad, jamás me gustó vivir allí. Era una residencia demasiado vasta, excesivamente triste y sombría», había confiado al psiquiatra.
Encontró a Tom Delaney charlando amistosamente con los bomberos que vigilaban los hilillos de humo que esporádicamente brotaban de entre los escombros. En cuanto le vio el detective vino a su encuentro y ambos se dirigieron a la cafetería, muy animada incluso a aquellas horas de la noche. El motivo que explicaba la numerosa clientela era obvio: el sentimiento morboso que a todos suele animar ante un desastre.
Tom pidió dos grandes jarras de cerveza y ambos se retiraron a una mesa. McCuster se bebió la suya con avidez y pidió al camarero con un gesto que les sirviera más cerveza.
—Pareces extraordinariamente preocupado —observó Delaney, amistoso.
McCuster giró el cuello para mirarle. Vaciló, pero finalmente decidió confiar a Tom todas sus preocupaciones.
Hizo un relato sucinto de su relación con Mark Taburani, que Delaney escuchó con gran atención. Cuando terminó, el detective dio su opinión:
—Creo que es inútil seguir vigilando este lugar. A estas horas, Taburani debe estar al corriente de que su casa ha quedado destruida. ¿Qué interés tendría volver por aquí? Creo que lo más sensato sería buscarle...
—Sí, pero ¿cómo?
—Un tipo como yo posee muchos recursos —sonrió el

gigantesco detective—. En primer lugar, telefonearía a todos los hospitales, clínicas, centros de socorro... Después haría otro tanto con las comisarías. Según lo que me acabas de contar, es muy posible que Taburani se haya emborrachado y en tal estado puede cometer cualquier tontería que le lleve a la comisaría, al hospital o... al cementerio.

—¡Calla, por favor! No seas agorero —protestó el médico. Pero su expresión se animó—. Sin embargo creo que tienes razón. Hasta ahora no me he decidido buscar a Taburani puesto que Crookston cargó con esa responsabilidad. Pero ahora pienso que no estaría de más hacer algo por nuestra cuenta.

—¿Entonces?

—Sí, no tiene ningún sentido que sigas vigilando este lugar —se decidió—. Ocúpate de buscar a Taburani. Y no repares en gastos. ¿Necesitas algún dinero?

—No, por ahora. Te avisaré en cuanto se terminen mis fondos —respondió Delaney.

Era tarde, pero McCuster prolongó aún un buen rato la entrevista, pues charlar con su amigo le relajaba. La verdad era que confiaba absolutamente en aquel hombretón, cuyo aplomo parecía contagiable. Delaney poseía la facultad de infundir optimismo a las personas que con él se relacionaban. Por lo demás, era honesto, tenaz y eficiente.

Mientras charlaban distendidamente bebieron nuevas jarras de cerveza y fumaron dos o tres cigarrillos. Los clientes hacían vivos comentarios sobre el siniestro que había destruido el caserón de la esquina y trataban de hallar una explicación al incendio. Todos daban sus opiniones, peregrinas en su mayoría, como aquel individuo delgado e inquieto que aseguraba que Mark Taburani almacenaba en su residencia una gran cantidad de productos inflamables.

Hacia la medianoche, el dueño del negocio se esforzaba en despejar el local invocando su necesidad de descansar y el hecho de que a las ocho de la mañana debería estar tras la barra nuevamente. Los clientes se mostraban remolones, pues el debate sobre las causas del siniestro seguía aún con todo ardor.

McCuster llamó al camarero y le entregó un billete. Tom y él salieron a la calle fumando sus cigarrillos y se dirigieron al lugar donde el detective había aparcado su utilitario.
—Vamos, te llevaré a casa —propuso Tom.
—De acuerdo. ¿Qué harás tú? —indagó McCuster.
—Me iré a la cama después de deambular a lo largo de comisarías, hospitales y puestos de socorro. Te llamaré por teléfono si obtengo alguna noticia positiva. En caso negativo, mañana continuaré las indagaciones.
—Muy bien —respondió Lester—, Vamos allá.
Diez minutos después bajaba del coche de Delaney y penetraba en el edificio Price. Tuvo que utilizar su llave para abrir, pues a aquellas horas —medianoche— el conserje descansaba ya.
Por alguna razón imprecisa, al abrir la puerta del ascensor lo hizo con toda cautela. Comprobando que el aparato estaba vacío, se introdujo rápidamente en él, cerró la puerta y pulsó la tecla correspondiente a la segunda planta.
También adoptó precauciones jamás utilizadas cuando salió del ascensor. Sin embargo, el ancho pasillo estaba vacío.
En cuanto penetró en su cómodo apartamento de soltero, se desnudó y se puso bajo la ducha. Tonificado y refrescado por el chorro de agua fría, se secó sumariamente y vistiendo un pantalón «bermudas» Se trasladó a la cocina.
Gruñó algo entre dientes tras comprobar que el frigorífico estaba prácticamente vacío.
—Los encantos insospechados de mi dorada soltería —bromeó.
El pan de molde estaba casi seco y sólo disponía de una lata de jamón york. Por desgracia, era demasiado tarde para bajar a comer algo en un *snack*, así que se preparó un par de bocadillos y abrió una botella de cerveza, todo lo cual colocó en una bandeja y trasladó al saloncito que daba a la terraza, cuya cristalera entreabrió para que penetrase en la casa la brisa nocturna.
Fue entonces cuando recordó que debía llamar a Douglas Brando, el psiquiatra de Dallas. Con un bocadillo en la mano y

la cerveza en la otra, se acercó al teléfono.
Y justamente en aquel momento el aparato zumbó. «Es él», pensó. Y nada más elevar el auricular, oyó la familiar voz de Douglas Brando.
—¿Eres tú, Lester?
—¡Inaudito! —respondió McCuster, admirado—. Este fenómeno sólo puede explicarse mediante nuestra mutua facultad telepática.
—¿De qué estás hablando? —exclamó Brando, desconcertado.
—Precisamente me disponía a marcar tu número, cuando se ha oído el aviso de mi teléfono. ¿No te parece admirable?
Se produjo una pausa. Y al cabo, la voz de Brando dijo:
—Lester, tengo que comunicarte algo muy grave.
—Precisamente yo también.
—Permíteme que hable yo primero —rogó su interlocutor, desde Dallas—. Acabo de recibir una llamada telefónica de Alex Dauphin. Por si no recuerdas, te diré que el doctor Dauphin mantenía bajo supervisión y tratamiento al ex cosmonauta London Barnett.
—Adelante —le animó McCuster, después de tragarse a medio masticar el pedazo de comida que tenía en la boca.
—Bien. Según el doctor Dauphin, su pupilo sufrió una crisis neurótica hace un par de semanas, por lo que Dauphin se vio obligado a decidir su internamiento en una clínica privada de las afueras de Karmine Gardens. Barnett se había tornado tan violento y; agresivo, que Dauphin no vio otra salida. En la clínica, sometieron al ex cosmonauta a un reconocimiento completo y descubrieron algo que había pasado desapercibido para el doctor Dauphin.
—¿Unos anormales bultos en la espalda? —indagó McCuster.
—Sí. Unos a modo de forúnculos de origen desconocido. Sin consultar con Dauphin, el dermatólogo sometió a London Barnett a un tratamiento intensivo a base de antibióticos. Pues bien: la reacción fue inmediata, pues la piel de Barnett enrojeció y todo su cuerpo comenzó a cubrirse de esos bultitos de etiología desconocida. Para arreglarlo, el dermatólogo en cuestión decidió intervenir quirúrgicamente el más grueso de

los forúnculos, enorme, del tamaño de una pelota de golf...
—¿Y bien?
—Dauphin dice que no había tal forúnculo, sino una rara esfera de color grisáceo muy dura, aunque un tanto elástica. Todo esto lo ha sabido a través del doctor Merman, el atolondrado dermatólogo que decidió extirpar ese bulto sin consultar con nadie.
—¿Puedes decirme de qué materia estaba formada esa rarísima esfera? —quiso saber el doctor McCuster, que acababa de perder definitivamente el apetito.
—Merman observó al tacto que era muy resistente, de la consistencia del plástico, aunque de tonalidad mate. Sin embargo, me temo que no podremos de momento establecer la naturaleza exacta de esas intrigantes esferas.
—¿Por qué?
—La que Merman extirpó de la espalda de London Barnett desapareció.
—*¿Desapareció?*
—Eso dijo Merman. Según él, la guardó en un frigorífico de la clínica, a la espera de poder enviarla al laboratorio. Pero cuando al día siguiente abrió el frigorífico, el nódulo de plástico había desaparecido. Y lo más increíble es que Merman cerró aquella habitación con llave, de la que nadie posee un duplicado.
—Un caso verdaderamente enigmático —comentó McCuster impresionado.
—Eso no es todo. La llamada del doctor Alex Dauphin tenía un carácter más urgente: prevenimos. Porque Barnett consiguió escapar de su habitación anoche, aprovechando un descuido de la enfermera y el mozo que debían vigilarle. Logró introducirse en la cocina y robar un gran cuchillo, con el cual apuñaló a cuantas personas se opusieron a su paso. El resultado son dos enfermeras muertas y otras dos y un mozo gravemente heridos.
—¡Dios santo!
“Después logró introducirse en un montacargas y se traslado a la terraza, donde la policía logró cercarle poco después. Antes

de ser reducido por los agentes, el infeliz Barnett prefirió arrojarse al vacío desde una altura de doce plantas.
McCuster no hizo ningún comentario, abrumado por las noticias que acababa de escuchar de labios de Doug Brando. Pero su preocupación iba más allá. «¿No aguardará a Mark Taburani una suerte semejante?», pensó, atormentado. Y de modo reflejo recordó a Joyce, sollozando entre sus brazos.
—Como es imaginable, el cuerpo de Barnett quedó destrozado El doctor Dauphin quiso participar en la autopsia celebrada al día siguiente, pero el cadáver de Barnett estaba en manos de los militares, que no permitieron a nuestro colega ni siquiera penetrar en el hospital militar donde se llevó a cabo la autopsia. Por otra parte, Dauphin está recibiendo presiones e incluso veladas amenazas con el fin de hacerle callar.
—Todo eso es horrible —murmuró Lester, experimentando un leve escalofrío.
—Sí, es horrible. Y sobre todo frustrante. Probablemente, los militares esgrimirán razones de seguridad pública y otros argumentos convencionales para mantener todo este asunto en secreto, fuera del alcance no sólo de la opinión pública, sino también de profesionales como nosotros, que no sentimos responsables de cuanto pueda ocurrirles a nuestros pacientes.
McCuster no hizo ningún comentario. Se sentía demasiado abrumado.
Al cabo de unos instantes, volvió a sonar la voz del doctor Brando.
—Lester, ¿sigues ahí?
—Sí.
—No sólo te he llamado para informarte del dramático fin de London Barnett. También quería hablarte de mi pupilo, Jack Ironwood. Hasta ahora he podido mantenerlo bajo control, pero él también comienza a dar muestras de peligrosas desviaciones mentales. Y también he podido palpar esos sospechosos bultos en su espalda, uno de los cuales sobresale exageradamente bajo la piel. Por fortuna, Jack es soltero y ello me permite visitarle con frecuencia y ganarme su confianza. Le convencí para que ingresara en un centro de reposo de esta ciudad, muy

próximo a mi propia residencia. Allí le vigilan discretamente y le administran escrupulosamente mi tratamiento, pero el miércoles pasado se enfureció y lanzó una botella contra la cabeza de un enfermero. Por fortuna, falló, pues en caso contrario hubiera matado al empleado, ya que la botella estaba llena.

—Sí, ya veo que te sientes preocupado, Doug, pero mis inquietudes no son mejores que las tuyas —le atajó McCuster.

Y le dio cuenta de la desaparición de Mark Taburani.

—Lo que viene a demostrar que todos los casos están conectados entre sí. Por eso creo que deberíamos tomar alguna iniciativa.

—¿Qué clase de iniciativa?

—Llegar al fondo del asunto. Averiguar la causa del desequilibrio mental de los ocho hombres que aún quedan con vida, descifrar el misterio de esos extrañísimos forúnculos-esferas que crecen bajo la piel de todos ellos —adujo Brando, impaciente.

—Yo también había pensado en algo semejante. Incluso sopesé la posibilidad de hipnotizar a Mark. Pero finalmente no me pareció ético.

—¡Qué importa la ética cuando la vida de nuestros pacientes está en juego! —se encolerizó Doug Brando—. Escucha, tengo un buen amigo experto en tal especialidad: se trata del profesor Hermán Karmanian. Le he hablado del asunto y está dispuesto a hipnotizar a Ironwood, quien, por otra parte, es un sujeto sugestionable.

—¿No temes desatar las iras del general Crookston y los demás jefazos del Pentágono? —planteó McCuster, esforzándose por controlar su nerviosismo.

¡Al diablo con todos ellos! A cada momento estoy más seguro de que el mal que afecta a los hombres del «ARCADY-2600» tiene su explicación en algo que ocurrió a bordo de la astronave.

McCuster le dio la razón en su fuero interno. Personalmente era de la misma opinión. Pero, con todo, había otra persona que pensaba lo mismo. Joyce Taburani le había confesado aquella misma noche: «Yo siempre pensé que su desequilibrio mental

se debía a algo que ocurrió allí arriba.»
—Bien, ya veo que estás completamente decidido —pronunció —, Y en tal caso, me gustaría estar presente. Creo que te podría servir de alguna ayuda.
Eso es precisamente lo que iba a proponerte: que te traslades inmediatamente a esta ciudad. Karmanian intentará poner en trance a mi paciente mañana mismo. Te estaré esperando en el aeropuerto.
—¡Aguarda! Aún no sé si hay algún vuelo nocturno a Dallas.
—No te preocupes. Me he molestado en consultar a mi agencia de viajes antes de telefonearte: puedes tomar el vuelo de Pan-Am que parte de esa ciudad a las tres y diez de la madrugada. ¿Alguna otra cosa?
—Sí, llévame unos bocadillos al aeropuerto. Cuando llegue ahí estaré desfallecido — respondió McCuster.
Iba a decir algo más pero la comunicación acababa de interrumpirse. Con un gesto de estupor, Lester contempló el reseco bocadillo que había dejado sobre la mesa. Tomó la botella de cerveza y bebió ávidamente hasta apurarla.
Seguidamente hizo dos llamadas: una a Tom Delaney, para saber si había averiguado algo en relación con Mark Taburani, y otra a la residencia Alston para informar a Joyce de su viaje.
Le pareció advertir un acento desolado en la voz de la joven, cuando ella dijo:
¿Se marcha? Creí que lo único, que le importaba era la seguridad de Mark y mi propia tranquilidad.—Puedes estar segura, querida Joyce que no abandonaría esta ciudad si mi objetivo no estuviera relacionado de alguna forma con Mark. No puedo darte más explicaciones por el momento. Por otra parte, pienso regresar enseguida mañana mismo. Es decir, hoy, puesto que casi es la una de la madrugada.
—Perdone, Lester. Creo que...
—No te disculpes y procura descansar. Te llamaré mañana. Buenas noches.
En cuanto a Tom Delaney, su voz resonó con acento fatigado en los oídos de Lester.
—Nada. He recorrido la ciudad de norte a sur y de este a oeste,

sin ningún resultado práctico. Ten la seguridad de que Taburani no ha sido arrestado ni hospitalizado. No hay noticias de él.
—Bien, Tom. Sigue indagando. Te llamaré mañana, en cuanto esté de regreso.
—Ah, Lester, por cierto: ¿no fuiste tú quien me dijo que Mark Taburani era un gran aficionado a la caza? —le retuvo junto al teléfono la voz del detective.
—En efecto, pero no acierto a comprender por qué.
—Por nada, por nada. Mañana seguiré pateando la ciudad. Feliz viaje.
McCuster, un tanto desconcertado, colgó y torno a marcar un nuevo número: el del servicio nocturno de autotaxis. Rogó a la telefonista que le enviase uno, dejó el auricular en su lugar y fue a cerrar la cristalera de la terraza.
Después fue al dormitorio, se vistió pausadamente con un traje veraniego azul claro y sacó de un bargueño disimulado un fajito de billetes de cien dólares y su talonario de cheques, todo lo cual guardó en un bolsillo interior de su americana.
Luego volvió al teléfono y se comunicó con el despacho de Pan-Am en el aeropuerto. Reservó una plaza en el vuelo 343 con salida a las tres y diez de la mañana y aguardo, fumando impaciente un cigarrillo.
Quince minutos después se oyó el zumbido del interfono conectado con la entrada del edificio Price.
—¿Señor McCuster? Soy su taxista. Le estoy aguardando.
—Bajo en seguida —respondió el psiquiatra. Y tomando su maletín de viaje, abandono el apartamento.

CAPÍTULO X

Jack Ironwood estaba preparado.
Sentado en un acogedor sillón guarnecido en cuero contemplaba confiadamente al profesor Karmanian, a quien Doug Brando le había presentado como un famoso traumatólogo capaz de aliviar las molestias que el ex cosmonauta sentía en la espalda.

Las cortinas de la retirada estancia de la casa de reposo estaban corridas, de modo que dejaban pasar un poco de luz tamizada.

Brando y McCuster se hablan retirado unos pasos, con el fin de que la atención de Ironwood se centrase en el profesor Karmanian.

Este era un individuo notable. Alto, huesudo, de frente despejada y largos cabellos, facciones angulosas muy bronceadas, nariz larga y picada y ojos negros, penetrantes. El bigote y la barba negros acentuaba el brillo de sus ojos, aquellos ojos capaces de centrar la atención de cualquier sujeto medianamente sugestionable.

Ironwood no sabía que el individuo que tenía delante se proponía hipnotizarle, lo cual suponía una desventaja. Sin embargo, Karmanian había comenzado a conversar con el ex cosmonauta en tono distendido y familiar.

Mantenía ante los ojos de Ironwood un pequeño reloj de bolsillo, de oro, que hacía girar constantemente imprimiendo un leve sentido rotatorio a la cadena de la que la joya colgaba.

Y estaba hablando a Ironwood con una voz lenta y articulada, rica en matices, mientras clavaba fijamente su mirada en los ojos azules del ex cosmonauta.

—Imagino que debe sentir un gran cansancio, una especie de sopor insaciable, ¿verdad? —Ironwood asintió con una lenta cabezada—. Es lógico. ¡Hace tantas noches que no ha podido dormir profundamente sin sobresaltos! Pero todo eso vamos a arreglarlo nosotros. Estoy seguro de que ahora mismo le gustaría tenderse en un mullido diván, relajar sus músculos, extender las piernas, sentir como sus parpados pesan como el plomo, como se abandona dulcemente al sueño...

Los párpados de Ironwood, cuyos ojos miraban fijamente el disco brillante del relojito, bajaron un poco.

Y resonó otra vez la voz subyugante, convicente y persuasoria del profesor Karmanian:

—Sentir como sus parpados pesan como el plomo, como todo su ser se abandona dulcemente al sueño.

Los párpados de Ironwood bajaron hasta quedar casi cerrados.

—Ahora, querido amigo, usted duerme ya. Se ha abandonado por completo para entregarse al descanso. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...
Dos minutos después, Jack Ironwood dependía por completo de la voluntad del profesor Karmanian el cual tomó suavemente entre sus dedos la hoja mecanografiada que Brando le tendía y la consultó de una ojeada.
—Ahora, amigo mío, usted debe recordar. Es preciso que recuerde para desalojar su mente de una preocupación latente que ha estado atormentándole durante largos meses. Usted recordará...
—Recordaré —murmuraron los labios de Ironwood.
Y Brando se movió léntamente y conectó un magnetófono situado sobre una mesita auxiliar.
—Volvamos atrás. El programa «ARCADY-2600». Usted fue seleccionado para integrar el equipo que había de volar a bordo de la soberbia astronave. ¿Lo recuerda?
—Siiií —musitaron los labios del hombre hipnotizado.
—Algo ocurrió a bordo. Algo fuera de lo común. ¡Recuerde, recuerde...!
—¡Sí! —pronunció el ex cosmonauta. Y su voz monótona comenzó a desgranar los recuerdos que el magnetófono iba recogiendo en los lentos giros de su cinta impresionable.

* * *

Mark Taburani estaba en guardia cuando se produjo la fortísima colisión con el aerolito. La conmoción fue tan intensa que Mark fue desplazado del asiento frente a la consola de la cabina de navegación y proyectado contra el muro frontero.
Fue un batacazo fortísimo, demoledor, que provocó un ramalazo de dolor a lo largo de su espalda. Necesitó no menos de medio minuto para recuperarse en parte. Respirando profundamente, se arrastró sobré el piso de materia aislante e incombustible y se esforzó en llegar a la consola para apretar el mando de la alarma.
El primero en aparecer fue Raplh Breeman.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Breeman, alarmado.
—¡No... lo... sé! —murmuró Taburani—. Creo que hemos chocado con algo.
Breeman se sentó en la consola e hizo algunas comprobaciones. Entretanto, Carroll, Stevens, Barnett y Wing se precipitaban al interior de la cabina de navegación.
—¿Qué fue eso? —chilló el pelirrojo Wing.
Pero Breeman concentraba toda su atención en los aparatos de la consola y no le contestó.
En seguida llegaron los restantes, es decir, Ironwood, Dalton, Gladstone y Bern Prentice, todos los cuales parecían muy alarmados.
Hemos chocado con un aerolito de grandes proporciones —dijo Mark Taburani—, O eso supongo, al menos.
Por desgracia, no te equivocas —ratificó el comandante—. Los comprobadores anuncian un impacto en el costado de babor, a popa. Hay un fallo en el grupo Tres de generadores eléctricos. Y eso no es todo, probablemente la colisión haya alterado nuestra derrota. Prentice, ve a tu puesto y compruébalo. Gladstone y Carroll, a la cámara de generadores. Taburani, ¿te sientes capaz de comprobar si ha habido deceleración?
Mark se incorporó, sujetándose con ambas manos en la larga consola, y gruñó:
—Lo intentaré.
Mientras Breeman encargaba distintas misiones a cada uno de los tripulantes de la astronave. Mark se dejó caer sobre un asiento y comprobó la aceleración del «ARCADY-2600». :
—Aceleración normal. Sólo es precisa una leve coreción en los propulsores —dijo, sin mirar a Breeman.
—Verifícala —ordenó éste.
—Tenernos una deriva de tres grados —anunció en ese momento Prentice, el primer piloto.
—Un pequeño derroche adicional de energía —opinó Breeman, satisfecho de que el percance no hubiera resultado más serio.
—Hay una pérdida total de presión en la cámara de generadores eléctricos —resonó en aquel momento la voz de Lew Gladstone en los altavoces—. A través de la compuerta,

Carroll y yo podemos contemplar con claridad el enorme boquete abierto en el fuselaje: un agujero irregular de dos metros de altura por uno de ancho. Uno de los generadores eléctricos está destrozado, pero los demás siguen funcionando. ¿Qué hacemos?

—Desconectad la unidad y volved —indicó el comandante.

Taburani estaba llevando a cabo una complicada labor de rastreo con el radar cuando volvieron Carroll y Gladstone. Utilizar el radar de largo alcance era indispensable cuando acababan de colisionar con un aerolito de considerables dimensiones.

Breeman que estaba viendo lo que hacía, inquirió:

—¿Qué es lo que tenemos delante, Mark? ¿Campo de aerolitos?

—Nada. El radar no detecta nada peligroso en una gran extensión —respondió Taburani con un suspiro de alivio—. Ese pedrusco debía ser un verdadero solitario.

Pero Breeman no parecía muy tranquilo. Esporádicamente, el radar había acusado la presencia próxima de un objeto de grandes dimensiones, que aparecía y desaparecía cada diez o doce jornadas, aunque nunca llegaron tenerlo a la distancia conveniente como para lograr situarlo con los visores telescópicos situados en e! exterior del fuselaje.

Incluso habían llegado a pensar que se trataba de una astronave de regulares dimensiones, un vehículo espacial que tuviera la manía de jugar al «juego del escondite». Pero el hecho cierto de que jamás hubieran tenido aquel objeto en imagen tiraba por tierra todas las especulaciones al respecto.

Finalmente, establecieron que las averías eran mínimas e intrascendentes, fácilmente reparables en unas cuantas horas de trabajo, sin que ello alterase en nada la misión que estaban llevando a cabo.

—Bueno, supongo que tendremos que ponernos manos a la obra —murmuró con desgana Anthony Wing.

Ninguno tenía ganas de ponerse a trabajar. Aún no hacía una hora que se habían ido a descansar, después de una larga y fatigosa jornada.

Comprendiendo el general estado de ánimo, el comandante decidió:
—Mañana, cuando estemos descansados, esa tarea no nos parecerá tan pesada.
Por otra parte, era conveniente llevar a cabo los trabajos cuando se hiciera «de día». Y verdaderamente el «ARCADY-2600» caminaba a través de las sombras, pues el globo enorme de la Tierra, hacia el que se dirigían en su trayectoria elíptica, tapaba todavía el disco rutilante del Sol. El sistema de gravedad artificial —una de las pruebas que se estaba llevando a cabo en el programa— funcionaba a mejor rendimiento durante el día, fortalecida su alimentación por los billones de células solares que producían energía a lo largo del fuselaje de la astronave.
Breeman se volvió para mirar a Mark Taburani.
—¿Te sientes con fuerzas suficientes para cubrir tu turno de guardia, Mark? —preguntó solícito a su segundo.
—Sí, sí. Creo que no me he hecho ningún daño. Sólo fue la conmoción que me produjo el tremendo batacazo. Pero ya estoy bien —respondió Taburani.
—En tal caso, podéis volver a descansar —dijo a los demás, que abandonaron satisfechos la cabina de navegación.
Todavía permaneció Breeman un rato junto a Mark, meditando sobre la escasa gravedad del incidente y satisfecho de que sus hombres hubieran acudido inmediatamente a la cabina para prestar su apoyo.
Sinceramente, tenía motivos para sentirse satisfecho. Hasta la fecha —once meses de navegación a través del Cosmos—, la misión se desarrollaba perfectamente y todos los tripulantes cumplían adecuadamente con sus respectivas funciones. A bordo existía camaradería, confianza y comprensión. ¿Qué más podría desearse?
Media hora después, pronunció un saludo y se marchó. Mark quedó solo en la cabina de navegación.
Transcurrieron lentamente dos horas. Aunque Mark se mantenía atento a las distintas pantallas de la consola, su pensamiento se mantenía distante de allí. En su mente, surgía

poderosa la imagen de una mujer rubia, joven, atractiva, encantadora: su esposa.

¡Cómo la echaba de menos, cómo la añoraba! Mil veces había soñado que la apretaba entre sus brazos, que aspiraba el perfume de sus cabellos, que besaba profundamente su boca, que absorbía su aliento, que acariciaba su maravilloso cuerpo, que...

Si existía una faceta dura y dolorosa en aquella misión era precisamente la ausencia de presencia femenina. Once meses sin rozar a una mujer, sin amar a una mujer era demasiado.

No quería obsesionarse con sus pensamientos y manipuló uno de los visores, con el fin de comprobar aquel boquete que el aerolito había abierto en un costado de la nave. Y cuando logró fijar aquel sector en la pantalla de televisión, parpadeó, incrédulo. ¿No era la silueta de una persona lo que veían sus ojos? ¡Un ser antropomorfo que vestía un traje de cosmonauta y se aferraba a las aristas torcidas del metal destrozado...!

Se frotó los párpados, pero cuando abrió los ojos aquella silueta seguía en la gran pantalla de televisión. Nervioso, afinó la nitidez de la silueta y acercó la imagen. Y pudo ver un rostro femenino a través de la pantalla de cristal de la escafandra que protegía la cabeza de la intrusa.

Su primer impulso fue apretar el botón de la alarma roja. Pero sus dedos no llegaron a pulsarla, porque desde la pantalla aquel rostro de mujer le sonreía.

—¡Joyce...! —murmuraron los labios del cosmonauta. Y se pellizcó el dorso de una mano hasta producirse unos arañazos que dejaron escapar una gota de sangre.

Era imposible, pero aquel rostro... Mark se puso en pie impulsivamente y abandonó la cabina de navegación, corrió atropelladamente hacia la sección Tres y miró ansiosamente a través del grueso cristal de la escotilla.

Debía ser una ilusión óptica, pero la silueta era claramente visible desde allí. La fría luz de la luna bañaba su figura, envuelta en un equipo autónomo de cosmonauta. Incluso pudo ver perfectamente como ella le tendía los brazos en un ardiente gesto...

Impulsivamente, Mark fue a abrir la puerta estanca. Pero se detuvo a tiempo, comprendiendo que si lo hacía el compartimento en que se encontraba se despresurizaría en dos o tres segundos y él sería arrastrado vertiginosamente al frío espacio exterior. Y ello significaba la muerte.
No. Había que obrar con calma, con raciocinio. Pero su ritmo cardíaco había subido a ciento diez pulsaciones por minuto y su respiración era rápida y estertorosa, tan intensa era su emoción.
Retrocedió hasta la siguiente escotilla, la cerró desde dentro y despresurizó rápidamente el compartimento contiguo a la cámara de generadores. Y esperó, aguardó anhelante.
Luego vio cómo la silueta de ella se deslizaba lentamente a través del pasillo y avanzaba hacia él. Pero no la miró, porque tenía que cerrar por control remoto la escotilla de los generadores, presurizar el siguiente compartimiento y...
Notó el silbido del aire a presión, miró el manómetro y aguardó, contando los segundos. Y luego abrió lentamente la escotilla que le separaba de *ella*.
La palpó incrédulo, la miró intensamente, incapaz de comprender el milagro. Y *ella* comenzó a desprenderse despacio del equipo que la había protegido hasta entonces.
Sus cabellos rubios brotaron a oleadas bajo la escafandra. ¡Perfecta, armoniosa, sublime, tentadora...! Pero no era Joyce.
—Pero ¿quién..., quién? —balbució torpemente. Y sus manos se tendieron para tomarle los brazos, para comprobar que *ella* no era una imagen ficticia que se esfumaría al tocarla.
Su cuerpo, semidesnudo, era turgente, tibio, real. Pero no era Joyce.
—K—h—a—l—i—a —deletreó la mujer. Y envolvió a Taburani en un abrazo tibio, sensual.
¡Khalia! ¡Qué nombre más exótico! En la mente de Mark —aunque obnibulada por el ardiente deseo— la palabra «Khalia» se relacionó instintivamente con el gran objeto misterioso que había detectado numerosas veces el radar. Los jefes del Pentágono sospechaban que los soviéticos habían lanzado al espacio varias astronaves espías. ¿Era tan aventurado

imaginar que Khalia pertenecía a la dotación de una nave-espía soviética...?
Pero sus manos palpaban aquel maravilloso cuerpo de mujer. Y Khalia sonreía turbadoramente en una muda invitación.
Mark la arrastró suavemente hasta su camarote y cerró la escotilla. Como el hecho más natural del mundo, Khalia dejó que sus transparentes prendas resbalaran hasta el suelo y se le ofreció tentadora, magnífica en su total desnudez.
Mark se dejó arrastrar por el instinto, sin reparar en que estaba faltando gravísimamente a su deber. Desordenadamente amó a aquella mujer «por transferencia». Para Mark era como si entre sus brazos tuviera a Joyce.
Tras la violenta vorágine sexual, Mark yacía con los ojos cerrados, cuando experimentó aquel vivísimo dolor en la espalda que le obligó a gemir. Abrió los ojos y... el horror le sobrecogió: la bellísima Khalia no estaba ya a su lado. Sobre él una extraña criatura de cabeza triangular, ojos vidriosos y piel rugosa de color pardo-negruzco le contemplaba hieráticamente.
A través de una boca en forma puntiaguda, surgía una repugnante y larga lengua, brillante de baba, que se clavaba dolorosamente en su espalda.
El alarido de terror se ahogó en su garganta. Mark quiso luchar, alejar de sí a aquella monstruosa criatura de delgados brazos y cuerpo alargado, pero advirtió que su propio cuerpo se iba debilitando al compás de los agudos pinchazos que sentía en su espalda. Sus párpados fueron entornándose lentamente y finalmente perdió toda consciencia.

* * *

Algún tiempo después Mark Taburani volvió en sí. Se encontraba en la cabina de navegación y, asombrado, parpadeo repetidas veces.
—He debido quedarme dormido —razonó—. No ha sido más que una desagradable pesadilla.
Y se esforzó en mantenerse despierto el resto de su guardia.
Pero si hubiera consultado en aquel momento los aparatos de

detección, habría comprobado que un objeto de colosal tamaño se alejaba rápidamente del «ARCADY-2600», Al día siguiente, confió a sus compañeros el extraño delirio. Todos se rieron y bromearon con el «imaginativo» Mark Taburani.
Pero no debieron tomar a broma la pesadilla de su compañero, porque en las noches siguientes uno por uno, los restantes nueve cosmonautas fueron recibiendo durante su guardia nocturna la visita de una fascinante mujer llamada Khalia.

* * *

El doctor Brando había decidido averiguar ¡a naturaleza de aquel gran bulto que parecía ir a reventar de un momento a otro en la espalda de Jack Ironwood.
A las cuatro de la tarde, Ironwood fue llevado al quirófano. Estaban presentes el doctor McCuster, la enfermera jefe y el anestesista. Cuando Ironwood estuvo bajo el efecto de la anestesia. Brando tomó en sus fuertes dedos el bisturí y rasgo certeramente la piel enrojecida y brillante. La esfera de color gris, levemente ovoide, apareció en sus dedos un momento después.
McCuster la examinó un momento y la guardó cuidadosamente en una cajita de poliuretano. Mientras el doctor Brando daba fin a la operación quirúrgica, McCuster abandonó el quirófano y se dirigió a la sala de rayos X.Veinte minutos más tarde los dos médicos se reunían a solas en la sala de rayos X. Sin pronunciar una palabra, McCuster coloco en la pantalla luminosa del muro una radiografía ampliada. Brando se acercó y la contempló con sumo interés, dentro de un círculo ovoide se veía claramente una especie de feto antropoide de cabeza triangular, cuerpo delgadísimo y extremidades largas y finas.
—Está vivo —dijo McCuster en un susurro—. Vivo dentro de su cascarón protector de color gris.
—Es inconcebible, pero ahí lo tenemos —dijo Brando después de tragar saliva. Y añadió—: Ha llegado el momento de que el general Crookston nos escuche a nosotros.

CAPÍTULO XI

Aquella noche, el agente Brad Mayer hacía su ronda a lo largo de Market Street con especial atención. El motivo era que aquella misma mañana se habían presentado en la comisaría del distrito hasta una veintena de denuncias por diversos motivos: varios establecimientos de Market Street, en las proximidades del lujoso edificio Price, habían sido asaltados. Curiosamente, los ladrones no se habían llevado nada: se habían limitado a destruir sistemáticamente las mercaderías expuestas, causando pérdidas cuantiosas. Una tienda de juguetes había resultado prácticamente destruida por un incendio, que la policía sospechaba que había sido realizado por un grupo de gamberros.

Eran las dos de la madrugada y todo estaba en silencio. Mayer, de cuarenta años, y hombre reposado y tranquilo, caminaba con aplomados pasos por la ancha acera del edificio Price, examinando los automóviles aparcados y los cierres y lunas de los numerosos locales comerciales de la zona.

Treinta metros más allá la calle quedaba en penumbras. Mayer sacó su libreta y anotó cuidadosamente que uno de los potentes focos de alumbrado estaba avenado. Tras lo cual prosiguió su ronda.

Al llegar ante la fachada de la exposición de coches de ocasión Maugham se detuvo, estupefacto: una de las lunas mostraba un boquete de más de un metro de anchura.

Precavido, Mayer retrocedió unos metros, conectó su radiotransmisor portable y llamó a la comisaría, denunciando el descubrimiento que acababa de hacer. Después, desenfundó su revólver, empuñó la linterna y se aproximó, silencioso a la tienda de Maugham.

En la oscuridad, brilló un resplandor instantáneo, como las chispitas de un mechero. Esto fue lo que decidió finalmente al policía: la sospecha de que los gamberros estaban dentro y se disponían a prender fuego a los numerosos vehículos expuestos.

Pasó sin dificultad a través del boquete y encendió la linterna.
—¡Alto, alto! —gritó, al vislumbrar dos siluetas que saltaban por encima de los automóviles y trataban de escapar a través de una puerta del fondo. Incluso los vio forcejear con la puerta, ansiosos por escapar.
Mayer sabía que aquella puerta comunicaba con una oficina y un almacén de repuestos. Había también una puerta trasera que daba a Garand Lane.
Viendo que se le escapaban, Mayer apoyó el revólver sobre el techo de un coche y disparó dos veces.
Poco después, un coche radio-patrulla frenó bruscamente ante la tienda y varios policías pasaron a través del boquete del cristal.
—¿Quiénes son? —preguntó uno de ellos, acercándose.
—Creo que no podría responder a esa pregunta —respondió Mayer, tembloroso.
Los agentes formaron un corro y, a la luz de sus linternas, contemplaron, espantados, los dos delgados cuerpos que yacían bajo el marco de la puerta. Dos extraños seres de piel rugosa pardo-grisácea, cabeza triangular, delgadísimas extremidades y tórax aplastado.

* * *

—¡Debí imaginarlo! —exclamó McCuster, aplastado contra el suelo—. El refugio idóneo para un hombre tan desesperado como Mark Taburani era su cabaña de la montaña.
En el interior de la construcción que se alzaba en la colina retumbó un disparo. Como movido por un resorte, Lester se incorporó y corrió ladera arriba.
—¡Estás loco! —le gritó Tom Delaney—. Ese tipo ha perdido la cordura y no dudará en disparar contra ti también. ¡Detente!
Pero McCuster siguió galopando cuesta arriba. No le importaba que Mark hubiera disparado a matar contra Tom Delaney, no le importaba exponerse. Debía salvar a Taburani, si todavía tenía una oportunidad.
Llegó arriba, jadeando y resoplando. Y antes de empujar la

puerta de la cabaña, gritó:
—¡Soy yo, Mark! ¡Tu amigo el doctor McCuster!
Luego, irreflexivamente, se precipitó contra la puerta como una tromba y penetró en la cabaña, sospechando que de un minuto a otro una bala de rifle volaría su cabeza.
No se oyó ningún disparo. Mark yacía boca abajo, junto a la ventana. Estaba muerto. Junto a él, como pingajos sucios, los cuerpos de dos de aquellos pequeños seres de piel rugosa y oscura. Mark los había matado a balazos antes de apoyar el cañón del rifle contra su propio cráneo.
De su cuerpo robusto y atlético no quedaba nada. La energía y la vida se le habían ido lentamente a través de tos grandes boquetes sanguinolentos que se veían en su espalda.
Lester dio la vuelta a su cuerpo, bajó los párpados sobre los ojos sin vida y susurró:
—Descansa en paz, amigo mío.
Y salió apresuradamente de allí.

* * *

Por Navidad, Lester visitó a Joyce en la residencia Alston. Al encontrarse en el parque por el que habían paseado una noche varios meses atrás, Lester advirtió un gesto de ansiedad en las facciones de la señora Taburani.
—¡Lester! —exclamó ella, con un brillo húmedo en los bellos ojos—. No sabe cuánto tiempo he estado aguardando su visita.
—Yo también lo deseaba mucho, querida Joyce, pero quise respetar tu dolor durante estos meses —respondió McCuster. Y se retiró un momento para contemplarla de una larga y profunda mirada—. Tienes un magnífico aspecto, Joyce.
Para asombro de Lester, ella se ruborizó.
—Hace un día magnífico —observó ella—. Paseemos.
Caminaron lentamente a través de los parterres, recibiendo sobre el rostro los benéficos rayos del tibio sol de diciembre. En aquel momento, Lester estaba preguntándose por qué había mentido a Joyce, por qué le había ocultado tantas cosas sobre Mark, incluidos los motivos que le llevaron al suicidio. Por una

vez la autoridad de los jefes del Pentágono había servido para que la policía diera una versión circunstancial de los hechos. Y por una vez también, aquella versión convenía al doctor McCuster: Taburani sufría una grave afección mental, lo que le había impulsado a quitarse la vida. Y punto.

—El general Crookston vino a visitarme hace unos das —comentó Joyce, de pronto—. Dijo que los siete compañeros de Mark permanecían internados en un centro psiquiátrico, pero que todos salvarían la vida. Quizá logren recuperarse. Eso dijo Crookston.

Lester asintió. Siete hombres del programa «ARCADY-2600» habían sido intervenidos quirúrgicamente para extirparles aquellos bultos de la espalda. Una operación muy arriesgada, en la que McCuster había participado, pero que se había resuelto con éxito. Todas aquellas esferas ovoides habían sido incineradas en un horno crematorio. Y punto.

Notó en su mano el contacto tibio de la de Joyce y apretó sus dedos tiernamente.

Luego ella se detuvo, cara al sol brillante.

—Debes sentirte muy solo en estas fechas entrañables, Lester —dijo, mirándole a los ojos—, Y yo también sentiré la soledad, aunque esté entre los míos. Alston House es grandísima, pero confortable. ¿Por qué no te decides a pasar estos días con nosotros?

—¿Lo deseas de veras? —preguntó él, experimentando una vivísima emoción.

—No sólo lo deseo: lo necesito —respondió Joyce. Y nuevamente el rubor coloreó sus finas mejillas.

—Yo también te necesito. Vitalmente —murmuró el doctor McCuster, con voz ronca.

—Sigamos paseando, entonces —propuso ella. Y se alejaron lentamente bajo el sol brillante.

FIN

[1] John el Risueño.

[2] Antrax: Tumor inflamatorio, aglomeración de forúnculos, a veces grave. Tratamiento quirúrgico.